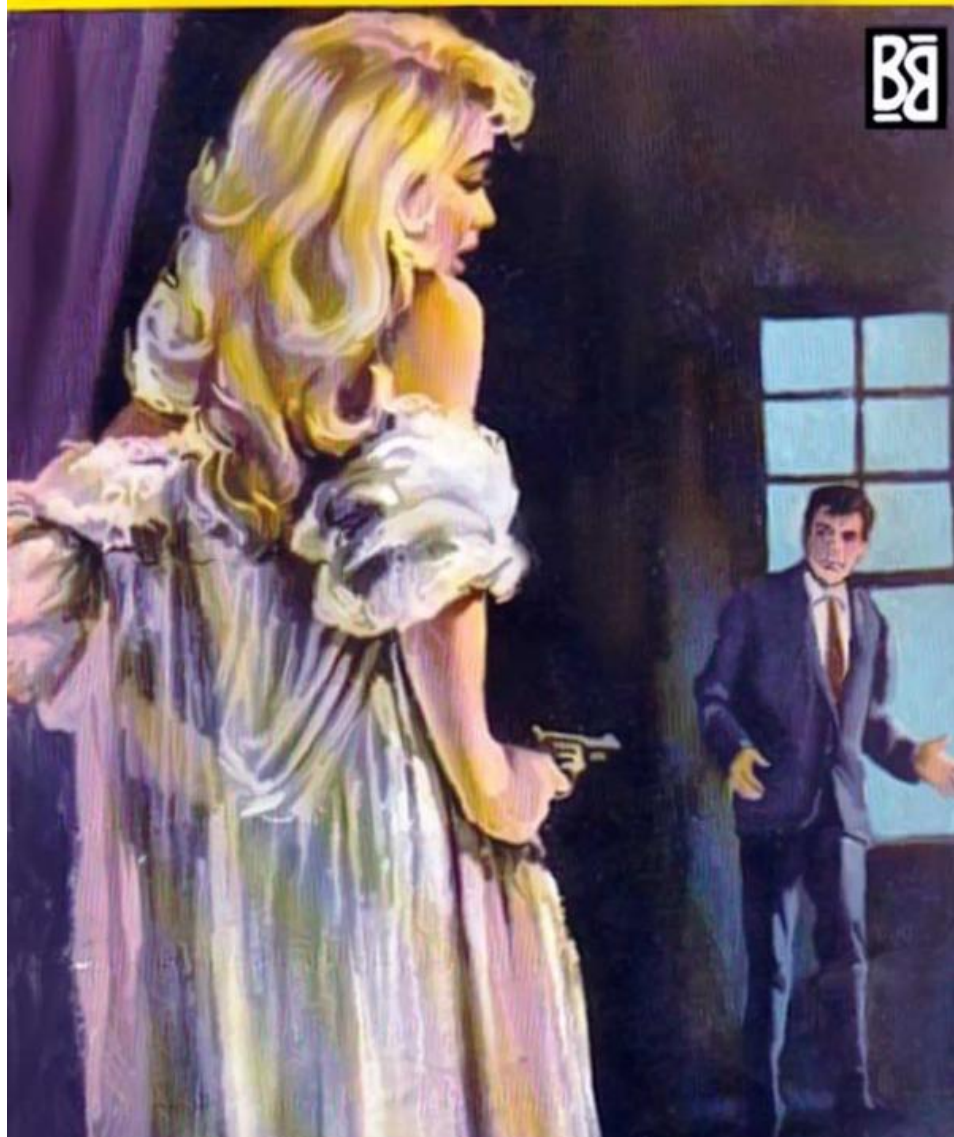


PUNTO
ROJO

la muerte llegó invitada

alf regaldie

BR



LA MUERTE LLEGÓ DE INVITADA



ALF REGALDIE

LA MUERTE LLEGO INVITADA

Colección PUNTO ROJO n.º 124
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 20.330 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN SEPTIEMBRE - 1964

© ALF REGALDIE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ENRIQUE MATAIX -1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 3873/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

867 —Cobardes en el Far-West.

En Colección SERVICIO SECRETO:

719 —Los muertos no hablan.

En Colección BUFALO:

561 —Cavaron sus fosas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

418 —Se ganó una soga.

En Colección CALIFORNIA:

377 —Como un rayo destructor.

En Colección COLORADO:

349 —La bestia rubia.

En Colección KANSAS:

296 —Orgullo de mala ley.

En Colección BRAVO OESTE:

171 —Fuego en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

121 —Bandas rivales.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

20 —Un muerto llama a la puerta.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

87 —Gesta de audaces.

En Colección METRALLA:

34 —Asalto en el Valtorno.

CAPÍTULO PRIMERO

Elliot Parker, joven ingeniero e inventor, se sabía casi de memoria la carta que el abogado Harry Benson le había dirigido.

Cerca ya de la casa del abogado, a cuyo despacho había sido citado, Parker dijo para sí:

—Resulta inconcebible. No termino de creerlo...

A la mente del joven acudió una vez más la idea de que el abogado podía haberle tendido una trampa.

Benson reconocía en su carta que Elliot Parker era el único inventor de un mecanismo que mejoraba el rendimiento de los tractores a los cuales proporcionaba además una mayor seguridad.

El invento tenía por otra parte, importancia bélica, puesto que se podía aplicar también a los tanques, a los que, aparte proporcionarles una mayor seguridad y reducir al mínimo el porcentaje de averías, les daba una mayor velocidad de desplazamiento.

En su carta, Benson comunicaba a Parker que estaba dispuesto a renunciar a sus derechos sobre la patente del invento que indebidamente había registrado a su nombre.

Aquello significaba que Benson reconocía que había robado el invento a Parker. Y era lo que más hacía pensar al joven ingeniero que en el fondo de todo podía haber una trampa.

Sin embargo, había algo que borraba tal impresión.

Benson decía en su carta que tenía un capitalista dispuesto a financiar la puesta en marcha del invento. Se trataba de una importante firma a la que Benson hacía mención en la misiva.

El abogado decía a Parker que solamente quedaba ponerse de acuerdo ellos dos, olvidar el pasado e iniciar las relaciones con la firma industrial que se interesaba por el invento.

Sonrió Parker pensando que al llegar el momento de las realidades, Benson le había necesitado, puesto que el abogado no pasaba de ser un mal aficionado en materia de ingeniería en la especialidad a que se refería.

—La cosa está clara. ¿Cómo podría él hablar del invento? ¿Cómo iba a poder dirigir su producción? Ni siquiera sería capaz de orientar a los ingenieros de la firma, y menos aún discutir las posibilidades del invento...

Aquella explicación resultaba satisfactoria y decidió en última instancia acudir a la entrevista con Benson.

Minutos más tarde llamaba Elliot a la puerta del departamento en donde el abogado Harry Benson tenía su oficina.

Se dejó oír el ronco zumbador. Y Elliot percibió una extraña impresión. El zumbador tenía un ronquido poco agradable.

El ascensor que había dejado a Elliot en la planta donde se hallaba la oficina de Benson se había detenido una planta más arriba. Dos chicas que le habían acompañado en la subida salieron charlando animadamente.

La risa de una de ellas pareció dar más relieve al siniestro silencio de la planta en donde se hallaba la oficina del abogado.

Parker se arrepintió momentáneamente de haber acudido a la llamada de Benson. Sabía que el abogado era un granuja, un picapleitos indeseable del cual se decía que había extorsionado a sus clientes en más de una ocasión.

En el interior de la oficina se produjo el repiquetear de tacones correspondientes a pies femeninos.

Aquello decidió a Elliot a quedarse.

—Que no se diga que por culpa mía no se llega a un acuerdo.

Evocó mentalmente a Carole Smith, la pelirroja y atractiva secretaria de Benson.

Se abrió la puerta; pero no fue Carole la que abrió, sino una rubia sonriente, que no tenía nada que envidiar a la pelirroja.

—¿No está la señorita Smith? —preguntó Parker después de saludar.

—La señorita Smith —se despidió hace algún tiempo. ¿Viene a verla a ella o al señor Benson?— inquirió la rubia sin dejar de sonreír.

—A Benson.

—En ese caso la cosa tiene arreglo. Aunque el señor Benson espera visita y tal vez de momento no le pueda atender.

—No tiene importancia. Si me puede atender usted, lo prefiero.

Volvió a sonreír la rubia, la cual onduló el cuerpo ligeramente.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó con expresión de picardía.

—¡Diablos! Usted puede servir extraordinariamente para muchas cosas —respondió Parker, mirando con expresión de goloso para las curvas de la rubia.

Volvió a reír la rubia, la cual amenazó con el índice de su derecha a Parker, al cual preguntó:

—¿No será usted el señor Elliot Parker?

—El mismo —respondió el joven de mala gana.

—En ese caso será el señor Benson quien le atenderá. ¿De acuerdo?

—No muy de acuerdo, a menos que usted prometa esperarme luego.

—Intentaré darle esquinazo a mi muchacho, si es eso lo que usted quiere. ¿Me sigue, por favor?

Caminó la rubia contoneándose delante de Parker. Cuando llegó ella ante la puerta del despacho de Benson, se detuvo, llamó con los nudillos y cuando respondieron de dentro, la chica entreabrió para anunciar:

—El señor Parker.

—Que pase —respondieron.

Al joven ingeniero no le pareció que fuese la voz de Benson, pero entro cuando la rubia dio un leve empujoncito a la hoja de la puerta.

Al hacerlo rozó ligeramente a Parker con sus redondeces superiores y el joven se estremeció.

—Perdón, lo siento —murmuró la chica.

—Yo no lo siento. ¿Me aguardará?

La rubia no respondió, limitándose a sonreír con expresión de picardía. Empujó luego suavemente a Elliot con una mano mientras cerraba sin prisa con la otra.

El joven ingeniero se volvió sin preocuparse por el momento de Benson, al cual había visto sentado tras su mesa despacho atiborrada de papeles.

La puerta se cerraba ya. Parker pudo ver aún a la rubia que

enseñaba la punta de su roja lengua, sin dejar de sonreír con su picaresca expresión.

En el mismo momento en que se cerraba la puerta, zumbó algo muy cerca de uno de los oídos de Elliot quien casi en el mismo instante percibió un fuerte golpe en los músculos del cuello, ligeramente por debajo de la oreja.

Sintió el joven que se le aflojaban las piernas y se le nublaba la vista, acusando fuerte dolor en la parte dañada.

Giró ligeramente al percibir el golpe y quedó frente a Benson, recibiendo entonces la impresión de que el abogado le miraba con cierta fijeza a la vez que se mantenía inmóvil, rígido casi, en su sillón.

Todo aquello resultó una impresión fugaz para Parker, quien instantes después recibía otro golpe que le dejaba sin sentido.

En el momento en que lo recibía, quiso luchar. Entrevió dos siluetas masculinas, una a cada lado.

Y el último pensamiento fue que había caído en la trampa.

Parker recibió la impresión de que el timbre del teléfono zumbaba dentro de su cerebro y se sorprendió a sí mismo, somnoliento, medio conmocionado aún, pensando en voz alta:

—Pero ¿es que tengo cerebro?

Sacudió la cabeza. El avisador telefónico zumbaba de persistente manera. Elliot se acordó de la rubia que le había abierto. ¿Por qué no acudía a atender la llamada?

Fijó la mirada entonces en Benson. Recordó que lo había visto instantes antes de ser agredido.

Había muy poca luz, tal vez menos que cuando la rubia le había abierto la puerta del despacho.

Recordó Parker que una de las últimas sensaciones recibidas era la de que Benson estaba rígido.

Y el joven sintió que se le erizaban los cabellos. Allí estaba el abogado, sentado en su sillón, erguido como si le hubiesen metido un palo por la boca. Erguido y rígido.

Los brazos de Benson descansaban en los del sillón giratorio. Y el hombre tenía la mirada fija, en sentido frontal, como si estuviese hablando con alguien.

Pero aquella mirada no existía en realidad; la luz había huido de los ojos de Benson, que se mantenían extrañamente abiertos.

A pesar de la animosidad que sentía contra el abogado, al verlo de aquella manera Elliot sintióse ganado por cierta congoja al comprender que el hombre que le había robado el invento estaba muerto.

En más de una ocasión Elliot había deseado ver a Benson de la manera que lo veía entonces; pero cuando el deseo había quedado convertido en realidad, no le resultó grata la cosa.

El avisador telefónico había dejado de sonar.

Elliot miró hacia la puerta esperando ver aparecer a la rubia de un momento a otro; pero no tardó en llegar al convencimiento de que estaba solo con el muerto.

—¡Muerto! ¡Eso es, muerto! ¡Y tratan de colgármelo a mí!

Fue una idea repentina que lo obligó a levantarse de un salto.

—¡No hay duda que tratan de colgármelo a mí! De lo contrario me habrían despachado también. Esa gente no se para en barras...

¿Y la rubia? ¿Era una cómplice?

Necesariamente tenía que serlo.

De manera tan impulsiva como se había levantado se dirigió hacia la salida, dispuesto a desaparecer cuanto antes.

Se disponía a posar la mano en la manija de la puerta para abrir, pero la detuvo en el aire, exclamando:

—¡Las huellas! Tal vez busquen que las deje para señalarme como culpable.

Parker sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y empuñó la manija con él; pero cuando intentó abrir pudo comprobar que la puerta había sido cerrada con llave para que no le resultase fácil salir.

Elliot sintió que un frío sudor comenzaba a aflorar a su piel.

El teléfono volvió a hacer sonar su timbre avisador.

Decidió Elliot que no atendería a la llamada. Le urgía salir.

—Eso es. Tengo que salir de aquí rápidamente, como sea.

Miró para la puerta, calculando la resistencia que podría ofrecer a sus ataques.

—Recia, muy recia —murmuró para sí—. Y con los pestillos a la otra parte para hacer la cosa más difícil.

El teléfono escandalizaba. De proseguir llamando corría el riesgo de atraer la atención de algún vecino.

Parker, que mantenía el pañuelo en la diestra, llegó hasta el

teléfono y alzó el tubo del micro.

—¿Sí? —preguntó con voz que a él mismo le sonaba extraña.

—¿Parker? —preguntaron.

El que hablaba lo hacía en voz y expresión impersonales.

—¿Me preparó usted la encerrona? —preguntó a su vez el joven.

—Eso ni se pregunta. Usted no ha inventado la bomba de cobalto, pero tampoco es ningún retrasado mental.

—Soy idiota —respondió Parker.

—Nada de eso. Ha pecado de crédulo. ¿Cómo podía imaginar usted que un fulano de la calaña de Benson le iba a devolver nada? Pero no debe sentirse acomplejado. Las personas inteligentes, y sanas moralmente, suelen ser crédulas. Particularmente, mientras son jóvenes.

—Gracias... —dijo Parker en irónico.

—No las merece —respondió el otro en el mismo tono.

Parker estaba como sobre ascuas. No se metía a un hombre en un enredo como aquél, por cualquier cosa.

Intentó dominar las desagradables sensaciones que vivía y aparecer tranquilo.

Dijo:

—Vamos, suelte lo que sea...

—Valiente muchacho. Parece que tiene prisa por salir del apuro. Se va dando cuenta usted de que su situación no es fácil.

—Ni fácil ni difícil. El tinglado para liarme está bien montado, pero es como un castillo de naipes. Se basa en la falsedad y caerá de un solo soplido.

—¿Sí? Pues sople, a ver si lo derriba.

Tras sus palabras, el desconocido rió con expresión hiriente, burlona.

Y Elliot resopló de coraje, pensando en lo que haría con el fulano si lo tuviese al alcance de sus manos.

El otro, como si hubiese adivinado los pensamientos de Elliot, volvió a reír y dijo:

—No piense en eso. No me tendrá jamás al alcance de sus manos. Y yo lo tengo mejor atrapado de lo que usted puede imaginar.

—¡No me diga! —exclamó el ingeniero en tono que quiso hacer burlón.

—Usted tenía un revólver, ¿no es así?

Parker se quedó frío.

—Responda —apremió el otro.

—Sí.

—Usted lo compró precisamente para matar a Benson. Fue hace casi dos años, cuando le robó su invento. ¿Me equivoco?

—No se equivoca...

—Usted habló demasiado, pero no mató a Benson. Hay gente que recuerda que usted amenazó a ese granuja.

—Sí, la hay.

—De acuerdo. Luego de eso, Benson se cebó con usted. Y usted tuvo que ser internado en un sanatorio para enfermos mentales. ¿Cierta mi historia?

—Completamente.

—Celebro que estemos de acuerdo. Es decir; aparte las amenazas que usted vertió, amigo Parker, le sobran motivos para matar a un fulano como ese que tiene ahí cerca...

Elliot optó por no responder. Su situación no era fácil aunque no se pudiera decir que resultase desesperada.

Al no responder el joven, siguió hablando el otro.

—Benson ha sido muerto con su revólver. En el arma no hay más huellas que las suyas. Las balas alojadas en el cuerpo del chantajista ese corresponden a su revólver y cualquier técnico lo dictaminará así.

El ingeniero dijo entonces:

—Y usted, si yo no cedo a lo que va a pedir de mí, enviará mi revólver a la policía.

El misterioso desconocido rió de manera burlona y respondió:

—No me haga tan tonto...

—Perdone. No me había dado cuenta de que estoy hablando con un ser superior, un genio.

El desconocido no pareció molestarse por el tonillo irónico de Parker y respondió serenamente:

—No llego a tanto. Me considero algo más inteligente que usted, si bien su cultura es superior a la mía. Eso parece que nivela las fuerzas, ¿verdad?

—Podría nivelarlas... —aceptó Parker.

—Pues no se confíe. Hay muchas más cosas a mi favor que al

suyo. Una es que yo le conozco mientras usted me desconoce. Otra es que cuando me propongo un fin, no reparo en medios...

—Comprendo. Es usted un indeseable de la calaña de Benson. De ahí a peor.

—Exactamente, amigo Parker. Usted ha comprendido la situación perfectamente. Bien, si usted se desvía de lo que yo le ordene, la policía encontrará el revólver homicida con sus huellas en un lugar que le pertenece. ¿Ha comprendido ya?

—Perfectamente.

—Entonces no hay más que hablar en ese sentido —dijo el desconocido, que rectificó inmediatamente para decir—. Bueno, hay algo más.

—Diga...

—La carta que recibió de Benson no está ya en su bolsillo, por tanto no podría justificar usted su visita...

Parker registró su cartera y comprobó que no le había engañado su misterioso comunicante.

—¿Otra cosa? —preguntó.

—Sí. No será fácil que vea a la rubia que le habló. No intente buscarla porque me vería obligado a hacerla matar y es algo que me desagrada. Ella tuvo que someterse lo mismo que se tiene que someter usted. Por otra parte, ignora lo sucedido ahí. Ella cree que sustituía por unos minutos a Carola Smith, indispuesta, aunque le dijo a usted otra cosa. Ella no ha conocido siquiera a Benson. Cree que Benson es uno de mis «amigos». Cuando vea la fotografía del chantajista ese en el periódico va a pensar que está loca.

—Muy hábil. No hay duda que es usted inteligente...

—Ya se lo he advertido. Y es necesario que se convenza usted de que está bien atrapado en la trampa.

—Convencido. Y ahora veamos lo que quiere de mí.

—Antes que nada, lárguese de ahí. Encontrará la llave de la puerta en el bolsillo derecho de su chaqueta. Cuide bien de no dejar huellas...

El desconocido rió burlón al imaginar la sorpresa de Parker cuando encontrase la llave en uno de sus bolsillos.

—¿La encontró? —preguntó.

—Sí —respondió Elliot de mal talante.

—Lárguese cuanto antes. Y vaya al bar y motel de Steve Marino.

¿Sabe en dónde está?

—Si. En la carretera número seis, cerca de la confluencia con la de la costa que lleva a Long Beach.

—Justamente. Allí habrá gente que en caso de necesidad testificará que usted estaba en el bar a la hora que se cometió el asesinato. Comprenda que no debe perder tiempo.

—*Okey*.

—Nada más. Tendrá noticias mías.

—Gracias, «jefe»... —ironizó el joven.

—Le considero lo bastante inteligente como para no desconocer las dificultades que tendría al menor fallo.

No aguardó el desconocido la respuesta de Parker. Éste se apresuró a enhorquillar el tubo telefónico y marchar rápidamente, tomando las naturales precauciones para que no quedasen huellas de su paso por allí.

—Me queda tiempo para pensar lo que debo hacer.

CAPÍTULO II

Cuando Elliot Parket entró en el bar de Steve Marino, éste se hallaba sirviendo a una pelirroja imponente.

Ella estaba sentada en un alto taburete, inclinada hacia adelante, apoyada de codos en la barra.

Vestía la pelirroja unos pantalones muy ceñidos y entre ellos y la postura, daba la sensación de que iba vestida a presión hasta el punto de que, de un momento a otro, podía estallar el tejido del pantalón.

Fue lo primero que vio Elliot, ansioso de conocer quién podría ser la persona que debía dar valor a su coartada.

La rubia se volvió admirada al descubrir a Elliot, que tomó asiento en el taburete más próximo a la pelirroja.

Ella sonrió y silbó admirativa, diciendo con voz bronca:

—¡Eso son fulanos y no lo que una tiene por casa!

Steve Marino, que tenía la mirada clavada en el escote de la hermosa hembra, dirigió a Parker una mirada de animosidad. Al reconocerlo le saludó:

—Hola, Parker. ¿Qué va a ser?

—*Whisky*. Y mucha soda...

—Y hielo y limón. Hace falta refrescar. Hay veces que se suda —respondió Steve aludiendo a la pelirroja.

Ella apenas si debía llevar nada debajo de su blusa casi transparente; sus formas eran rotundas, excitantes de verdad; y el escote estaba abierto sin regateos.

Sonrió la mujer con expresión de picardía. Parker le correspondió, aunque no de la forma que lo hubiese hecho de estar tranquilo. ¿Serla la pelirroja la encargada de establecer la coartada? ¿O sería el propio Steve?

Ante la barra, en uno de los lados, se hallaban bebiendo cuatro camioneros. Ellos, mientras bebían y fumaban, no cesaban de dirigir miradas invitadoras a la pelirroja.

Ella se sentía halagada aunque parecía no hacerles caso. Uno de ellos, tras terminar su bebida dijo dirigiéndose a los otros a la vez que lanzaba una mirada a su reloj:

—Vamos, muchachos, se hace tarde. Hoy tendremos niebla.

Saltó de la banqueta, echó a andar no sin dirigir una última mirada a las redondeces de la pelirroja. Y los otros tres camioneros le siguieron dócilmente.

Parker desvió la mirada de la pelirroja para tratar de fotografiar en su mente a los cuatro camioneros. ¿Sería alguno de ellos el encargado de su coartada?

La pelirroja consultó su reloj. Marino, instintivamente miró el suyo. Ella dijo:

—Se me hace tarde. Me largo...

—Rompió usted el encanto —señaló Steve sirviendo a Parker, sin dejar de mirar para el escote de la pelirroja.

—El *whisky* que derrame no lo pagaré —advirtió Parker intentando parecer que se hallaba en plena normalidad.

La pelirroja rió, luego saltó del taburete y tras una sonrisa de despedida caminó en dirección a la puerta, jugando las caderas de manera exagerada, dejando una estela de perfume a su paso.

Parker quiso hacerse notar y se dirigió a la del andar ondulante, preguntándole:

—¿En dónde te podré ver otro día, pelirroja?

—Aquí mismo. Vengo todas las tardes y me retiro a esta hora...

Volvió a mirar su reloj. Steve confirmó con la mirada.

Dos hombres que se hallaban sentados a una mesa jugando a los naipes suspendieron la partida para ver a la mujer. Instintivamente, cuando ella volvió a consultar su reloj, hicieron lo propio.

Las casi obligadas coincidencias desconcertaron a Parker, que trató también de fotografiar a los dos jugadores.

Estaba dispuesto a encontrar el cabo de la madeja. Y ese cabo tenía que ser necesariamente la persona encargada de establecer su coartada. Parker no estaba dispuesto a ceder, a ser un pelele en manos del desconocido.

La pelirroja giró sobre sí misma y prosiguió en dirección a la

puerta, contoneándose de manera exagerada, que resultaba francamente provocativa.

Un fulano que había echado una moneda en el tocadiscos automático, giró para verla y silbó admirativamente, sonriendo luego con expresión conejil.

El hombre vestía de forma casi harapienta.

Cuando salió la mujer, «Harapos» volvió a su tocadiscos. Sonaba la música de «El Tercer Hombre». Y «Harapos» la siguió con leves movimientos de su escuálido cuerpo que parecía bailar dentro de la harto holgada ropa.

Se oyó el ruido de los dos camioneros que se alejaban en dirección a Long Beach mientras que el modelo deportivo de la pelirroja salió como una saeta en dirección a Los Ángeles.

—Algún día se matará. Y será una verdadera lástima —comentó Steve.

Parker señaló un movimiento de indiferencia y respondió:

—Quedan muchas.

—Pero no como ésa...

—¿Quién es? —preguntó Parker.

—Lo ignoro. Viene casi todos los días y se exhibe con generosidad. Además, hace bastante gasto. ¿Qué más voy a pedirle? Para lo otro parece que no soy su tipo. En cambio, usted sí que le ha gustado...

—No debe hacer caso —respondió Elliot—. Se divierten haciéndonos entrar en calor y luego se largan.

Steve señaló en su rostro un mohín de duda.

—¿Qué hora es? —preguntó Elliot inesperadamente—. Mi reloj se ha parado.

El dueño del bar miró su reloj y dijo la hora a su cliente, la hora exacta.

Parker dijo a guisa de comentario:

—Creí que era más temprano.

—Pues no. Es esa hora justa.

Casi sin transición preguntó el del bar:

—¿Cómo van esos inventos?

—Desde que estuve enfermo, trabajo poco —respondió Parker con sencilla naturalidad.

—Oí decir que ha actuado usted para el cine.

—Dos papeles secundarios, sin importancia...

—Usted triunfará —alabó Marino—. Tiene usted eso que se llama clase y que es tan necesario para salir adelante en esas cosas...

Suspiró ruidosamente y prosiguió:

—A mi, en cambio, me falta clase y por eso tuve que refugiarme aquí. En el «*ring*» recibía demasiada leña... ¡Claro que no me puedo quejar! Esto va bien y soy un ciudadano honorable...

Iba a seguir hablando Steve Marino cuando se abrió la puerta de cristal. Y el hombre guardó silencio a la vez que miraba como deslumbrado.

Entró una rubia que acababa de dejar en el exterior un espléndido «Chrysler» del último modelo deportivo.

Pisaba la rubia con seguridad, miraba de frente y se contoneaba lo suyo.

La espléndida mujer tenía la piel dorada por el sol, las pestañas negras y los ojos claros y muy luminosos, formando un extraordinario contraste.

—¡Mi madre, qué carrocería! —exclamó uno de los jugadores.

El del tocadiscos, que había colocado otra moneda en el aparato, giró nuevamente y silbó, dando la impresión de que sus ojos iban a escapar del sitio para pegarse a la rubia.

Parker no se movió.

Steve Marino, cuando hubo salido de la especie de deslumbramiento en que había caído, exclamó en voz baja:

—¡Es Nellie Cassel! ¡Y viene sola! No es la primera vez que viene por aquí, pero viene siempre custodiada.

Parker giró ligeramente la cabeza para mirar a la estrella más admirada del momento, la mujer que sonreía desde las revistas y las pantallas cinematográficas de todo el mundo, haciendo suspirar a millones de seres.

Nellie Cassel vestía de manera muy semejante a la pelirroja que no hacía mucho que se había ido; y no llevaba más ropa que ella aunque su escote no resultaba tan generoso.

La figura de la rubia era una verdadera maravilla, tal vez porque, además de magníficamente proporcionada, sus formas no eran tan abultadas y resultaban más juveniles que las de la pelirroja.

—¡Escalofriante! —murmuró Marino, cuyos ojos dieron la sensación de que echaban chispas.

Parker permaneció silencioso, si bien con el pensamiento calificó a la rubia de sensacional.

Ella sonrió atrevidamente dirigiéndose a Parker y fue a sentarse en el mismo taburete que había ocupado la pelirroja.

Steve se acercó a ella, tratando de profundizar con la mirada en el escote de la rubia, pero la posición de ella no favoreció en absoluto la exploración visual de Marino.

Preguntó el del mostrador:

—¿Qué desea tomar?

—Lo mismo que está tomando el joven.

Nellie había señalado para Parker, hacia el cual se volvió.

Steve pensó que estaba soñando y se movió como un autómatas para servir a la rubia.

Ella, al estar Marino de espaldas, se acodó en el mostrador, adoptando una postura semejante a la que había mantenido anteriormente la pelirroja, pero dedicada exclusivamente a Parker, al cual miró fijamente a los ojos.

El ingeniero tragó saliva y al fin pudo articular, señalando para las redondeces posteriores de la chica, a punto de hacer estallar el pantalón.

—¿No hay miedo a que estallen?

—¿Usted qué cree? —preguntó ella después de pestañear.

—Que todo puede suceder...

—Pueden suceder muchas cosas... —respondió la rubia con enigmática expresión.

Al inclinarse hacia adelante para mirar a Elliot, Nellie había dejado ver al ingeniero una buena ración de escote.

El joven se hubo de pasar la lengua por los labios resacos, bebiendo luego un trago de *whisky*.

La impresionante rubia sonrió segura de sí, de su poder sugestionador; y dijo a Parker como la cosa más natural del mundo:

—Tiene usted unas pestañas maravillosas, negras, largas, rizadas...

Habló en un susurro, envolviéndolo en una mirada cálida y prometedora. Parker estuvo a punto de atragantarse.

La puerta se abrió nuevamente, en aquella ocasión, para dar

paso a dos hombres altos, recios, con aspecto de luchadores.

Ambos se detuvieron apenas dentro de la sala. La puerta, de cierre automático, se fue cerrando lentamente tras ellos.

«Harapos» había vuelto a repetir la música de «El Tercer Hombre», la cual seguía en aquella ocasión con la cabeza y ambos brazos que bailoteaban dentro de las mangas.

Los recién llegados se quedaron mirando en dirección a la rubia y avanzaron luego con pasos iguales, como si los hubiesen medido. Querían parecer terribles, pero causaron un efecto cómico.

Se detuvieron unos instantes detrás de Parker.

Uno pasó luego a ocupar la banqueta junto al ingeniero mientras que el otro se situó junto a Nellie, la cual le dirigió una mirada despectiva.

El dueño del establecimiento dirigió a ambos hombres una mirada escrutadora y dio la impresión de que a continuación pretendía avisar a Parker con una mirada.

El ingeniero entendió el mudo aviso; pero no se quiso dar por enterado.

Tomó aire abombando el pecho y preguntó a la sugestiva rubia, que había vuelto a contemplarlo con insistencia:

—¿La he visto antes en algún baile?

—No; pero podría verme.

—¿Y bailar con usted?

La rubia entornó los ojos y sacó la punta de su roja lengua, respondiendo:

—Si se atreve y me promete no desmayarse, ¿por qué no?

—Con pensarlo solamente es como para desmayarse; pero me haré el fuerte y resistiré.

Steve, que había servido a Nellie, se apartó aunque no perdía de vista a los dos forzudos que bloqueaban a la pareja.

Ella bebió la mitad del contenido del vaso y sopló luego en dirección a Parker.

Luego se puso en pie y dijo:

—Ahora me voy a dar una vueltecita por Long Beach. Me gusta respirar el aire del mar.

—Yo conozco por allí unos estupendos rincones —señaló Parker.

Giró la rubia los ojos de manera significativa y manifestó con entonación despectiva:

—Siempre hay fulanos que les gusta meter la nariz... Gente de baja clase, ¿comprende?

Iba a responder Elliot comprendiendo lo que significaban el gesto y las palabras de la sensacional rubia, cuando el forzado que estaba a su lado le tocó en un hombro y le dijo:

—Sea buen chico, hermano, y deje tranquila a la rubia.

Parker no dejó de sonreír cuando se volvió seguidamente en dirección al entrometido, al cual respondió:

—Estoy seguro de que usted tiene una tía. ¿A que sí?

—Puede.

—Pues tóquele las narices a ella.

La rubia rió escandalosamente la respuesta del ingeniero.

Los forzados, por su parte, se pusieron en pie y se miraron por encima de los dos jóvenes.

Se entendieron perfectamente; y el que había hablado, trabó con uno de sus pies la pata del taburete en que se sentaba Parker, y tiró de ella con fuerza, haciéndola resbalar sobre el pulido piso al salir disparada.

El gigantón inició una risotada creyendo que Parker, al faltarle el asiento de manera tan repentina, se iba a ir al suelo; pero la risa se le quebró en el rostro al advertir que había fallado.

Y fue la rubia quien volvió a reír de buena gana al ver que Parker, intuyendo el ataque, había quedado en el aire, en postura de sentado, con las manos aferradas a la parte superior de la barra y los pies bien afianzados en el descanso de la misma.

El forzado desplazó entonces su derecha buscando los músculos del cuello de Parker.

Pero estaba irritado por su fracaso y no dirigió bien el golpe, aparte de que el joven saltó ágilmente hacia atrás, esquivando el envío por pulgadas.

El mastodonte, al fallar el golpe, se hubiese ido de bruces sobre la rubia.

Pero lo evitó Parker quien, apenas hubo esquivado, asió el brazo de su enemigo por la muñeca.

Bufó el forzado al experimentar el dolor que le producía la fuerte torsión a que el ingeniero le había sometido el brazo.

Resultó cómico el bufido y la espectacular rubia volvió a reír.

A tiempo que reía ella se retiró rápidamente, dando la impresión

de que deseaba dejar a Parker el terreno libre.

Y el joven ingeniero, al maniobrar ella, quedó expuesto al ataque directo del otro forzado.

Steve Marino empuñó una botella a la vez que gritaba advirtiéndolo a su cliente:

—¡Cuidado!

Tiró Parker del brazo de su enemigo y giró seguidamente con rapidez, saliéndose del área de acción inmediata del otro forzado.

Se movía el joven con agilidad felina, sorprendiendo a sus enemigos por la endiablada rapidez de sus reflejos.

Trató de zafarse el mastodonte arrastrando a Parker y éste le replicó con un puntapié en una pierna.

El hombre gritó de manera salvaje, casi desesperada.

A la vez que giraba saltó y Parker aprovechó para tirar hábilmente de él.

El hombre, casi en el aire por su salto, se sintió arrancado del suelo y lanzado a donde estaba su compinche, en el cual hizo impacto con la fuerza de un obús.

Steve se había quedado con la botella en la mano, sin encontrar lugar en donde descargarla.

La colisión entre los dos forzados fue terriblemente violenta a pesar de que el que se hallaba firme sobre sus piernas, actuó acertadamente para restar efectividad al duro golpe.

Rodaron los dos hombres de manera aparatosa, Y uno de ellos quedó aturdido en el suelo mientras que el otro se levantó como si fuese de goma.

Este último se lanzó, atacando con la cabeza por delante. Y Parker lo frenó con un golpe de izquierda, en corto, dado a puño cerrado y que obligó al grandazo a levantar la cabeza.

Pero instantes después, el que había quedado en el suelo tiraba de los pies del ingeniero, sorprendiéndolo y derribándolo con estrépito.

No se había repuesto Parker de los efectos del golpe cuando recibió un seco impacto en el puente de la nariz. Se lo habían aplicado con el canto de la mano y percibió una fuerte sacudida en el cerebro, recibiendo la impresión de que le iba a estallar.

Sacudió sus dos pies con fuerza y se oyó un aullido. Y uno de los forzados salió disparado como por un obús.

Parker se puso en pie rápidamente a pesar del aturdimiento que le había producido el golpe.

Vio llegar entonces sobre él una mole y casi instintivamente esquivó de cintura, metiendo su izquierda en preciso contragolpe en el plexo, solar de su enemigo.

Se produjo un bufido y el hombre se fue de bruces como una res apuntillada.

El otro forzudo había logrado levantarse y acudía a la pelea. Pero lo hacía de manera inconsciente, tambaleándose ostensiblemente, dando la sensación de que flotaba entre nubes de algodón.

Bastó un trallazo de izquierda al hígado y un derechazo fulminante a la carótida, para derribarlo fuera de combate encima de su compinche.

Parker resopló fuertemente y miró seguidamente en torno, buscando el aplauso y la sonrisa de la rubia.

Pero se encontró con la sonrisa de Steve, quien adivinando sus pensamientos, dijo:

—Se esfumó. Creo que desapareció en un magnífico estuche azul brillante, tapizado en rojo y con la marca «Chrysler». Parecía hecho adrede para que destacasen sus cabellos rubios.

Parker no se sintió molesto y respondió:

—Así son ellas. Seguramente los fulanos son sus guardianes y ella provocó la bronca para librarse de ellos.

El fulano del tocadiscos sonrió conejilmente y dijo:

—Sin ánimo de molestar a nadie... Pero todas son unas zorras; sí, señor. Unas zorral...

Entornó los ojos y siguió diciendo:

—Tienen la piel suave y da gusto acariciarlas. Pero apenas te descuides te muerden hasta en las entrañas.

Hizo una pausa, movió la cabeza con aire pesimista y siguió:

—Yo lo sé bien; sí, señor... Unas zorras de piel suave y malos instintos.

Salió, andando un poco de lado, produciendo ligeros «tics» nerviosos que Parker no le había advertido hasta entonces.

Los jugadores, que habían interrumpido la partida, volvieron a ella.

—Creo que lo mejor será que se largue, señor Parker. Yo me

encargaré de despacharlos cuando vuelvan en sí...

—¡Pues no faltaría, más! Que después de zurrarles, fuese yo quien tuviese que huir...

Steve Marino señaló un encogimiento de hombros.

Los dos grandazos comenzaron a resoplar. Al fin se levantaron, aunque trabajosamente y apoyándose el uno en el otro. Una vez en pie se miraron con expresión estúpida.

Al no ver a la rubia y ver en cambio que Parker se había quedado, salieron disparados, provocando la risa de los que presenciaron la cómica salida.

CAPÍTULO III

Apenas hacía dos minutos que se habían marchado los dos guardianes de Nellie, cuando el avisador del teléfono repiqueteó anunciando una llamada.

Marino se dirigió pausadamente al aparato. Se oyó retumbar la voz del que se hallaba a la otra parte del hilo. Y el dueño del bar respondió:

—Sí, aquí es...

Poco después Marino, sin responder, miró a Parker y agitó en el aire el tubo del micro para indicarle que la llamada era para él.

Admitió el joven con un movimiento de cabeza y Marino respondió a su vez al comunicante:

—Sí, el señor Parker está aquí. Ahora le pondré en comunicación con él.

Señaló el dueño del bar para una cabina telefónica. Y Parker se dirigió a ella en la seguridad de que le llamaba el misterioso desconocido.

—¿Sí? —preguntó una vez tuvo el microauricular en la mano, y tras cerrar la cabina.

—¿Parker? —preguntó la voz misteriosa.

—El mismo.

—Quería asegurarme de que había cumplido usted mis instrucciones.

—Gracias por su interés.

—Mi obligación es velar por aquellos que trabajan para mí. Es como una segunda familia que uno se crea —ironizó el misterioso personaje.

—Está bien. Suelte lo que sea. No me ha llamado solamente por eso.

—Es posible que la policía le visite en relación con la muerte de ese bribón de Harry Benson. Pero no debe inquietarse, va todo bien.

—Gracias...

—¿Sabía usted que Benson era un sucio chantajista?

—¿Tiene importancia eso ahora?

—Sí, la tiene.

—Sí, lo sabía. Y bastantes más cosas de él, ninguna de ellas buena.

—Estamos de acuerdo, Parker. Total, que el fulano ha merecido la muerte.

El ingeniero no respondió. Y el misterioso comunicante prosiguió:

—Benson tenía un extenso archivo. Había abusado una y otra vez de las personas que por razones de su profesión habían acudido y se habían confiado a él...

—¿Para qué me cuenta todo eso? Me molesta hablar con usted. Vayamos al grano de una vez —señaló Parker con dureza.

—Bastantes personas se habrán alegrado de la muerte de Benson. Algunas habían proferido en público amenazas contra él. Serán sospechosos del asesinato. Le digo todo esto para que vea que su situación no es difícil a menos que yo me lo proponga.

—Estamos de acuerdo. No pretendo discutirle...

—Es usted un chico inteligente. Precisamente lo que yo necesito. Y éste es uno de los motivos de que le haya elegido.

—Debo darle las gracias otra vez...

—No diré tanto... Yo podía haber tendido la trampa a otro cualquiera; pero he preferido que fuese usted...

Tras breve pausa siguió:

—Aparte de ser inteligente es usted valeroso, instruido, tiene don de gentes. El fulano ideal para el negocio que vamos a montar.

—¿De chantaje?

—Exactamente. Podrá observar que la palabra no me asusta.

—Era de suponer. A un fulano que no vacila en hacer cometer fríamente un asesinato no le puede preocupar una palabra por fuerte que sea.

El misterioso individuo no pareció molesto. Y respondió:

—Justamente. El caso es que he librado a la Humanidad de un indeseable y que su precioso archivo está en mis manos.

—En manos de un indeseable mayor que Benson...

—No lo crea. La mayor parte de ese archivo, que se refería a pobres diablos que han sido sobradamente extorsionados ya, ha sido destruida. Solamente me he quedado algunas cosas de verdadero interés.

—¡Mi enhorabuena!

—Tocaremos algunos casos, muy pocos. Usted tendrá una buena comisión...

—Gracias por su magnanimidad...

—El que trabaja debe cobrar con arreglo a su trabajo. Y debe tener en cuenta que usted se habrá de mover entre gente de clase, en lugares en donde no se puede ir mal trajeado, sitios en donde se debe gastar dinero...

—¿Quiere decir que me voy a divertir?

—Tonto será si no se aprovecha para divertirse y para relacionarse bien. Las buenas relaciones abren en la vida caminos insospechados...

—Como por ejemplo el de la explotación del chantaje...

—Todos los caminos son buenos si uno logra los fines que persigue. En fin, dejémonos de ironías y vamos a lo que importa.

—Adelante... —pidió Parker.

—Cuando vuelva a su apartamento encontrará en él unas preciosas fotografías.

—Sí, adelante.

—No es necesario que le diga ahora de quién son. Lo verá usted. Una verdadera preciosidad.

—Siempre será menos desagradable...

—¿Quién sabe? —preguntó el desconocido, el cual prosiguió—: Tendrá ciertas dificultades para llegar hasta la chica, aunque yo se las allanaré en parte...

—Muy agradecido —ironizó Parker.

—Deberán quedar de acuerdo para entregarle usted a ella los negativos y que ella le suelte a usted la pasta. Cinco mil dólares.

—¿Y si ella no quiere pagar?

—No debe preocuparse. Ya he pensado en eso y no faltará quien pague. En ese caso serán diez mil pavos. Usted tendrá un veinte por ciento.

—Entonces me conviene que no pague para que llegue a lo de

los diez mil pavos...

—Será más trabajo y aumentará el riesgo. Creo que no vale la pena.

—Supongo que habré de aceptar sus condiciones.

—Es lo inteligente. La policía anda de cabeza en el asunto de Benson. Necesitan encontrar al asesino y no le conviene que alguien dirija los tiros en dirección a usted. La policía necesita un asesino, usted u otro; y más, ahora que estamos en víspera de elecciones.

—¿Algo más? Comprenderá que me moleste hablar con un fulano de su calaña aun siendo por teléfono.

Parker intentaba producir una violenta reacción en su comunicante, tratando de ir conociéndolo hasta llegar a su desenmascaramiento, pues el joven tenía la sensación de que el otro disimulaba su verdadera voz así como su habitual forma de expresarse.

Pero el desconocido rió burlonamente, con bastante naturalidad, diciendo al cabo:

—No se asuste. Se acostumbrará al chantaje como tantos y tantos. Y gracias a él se relacionará con gente «honorable» y bien situada. Eso le puede abrir el camino del triunfo que hasta ahora se le ha negado.

—Preferiría que no se preocupase por mi porvenir, granuja —insultó el joven Parker.

—No se descomponga, por favor, no le conviene. Y conste que no es una amenaza, sino una simple advertencia.

Tras una corta pausa, se despidió:

—Y ahora creo que debe darse una vuelta por su apartamento. Cuando tenga en sus manos las fotografías, volveremos a charlar un rato.

Sin aguardar la respuesta de Parker, el desconocido cortó la comunicación.

Salió Parker de la cabina, se bebió otro *whisky* para celebrar su victoria sobre los dos mastodontes y finalmente se despidió de Steve Marino.

Una vez fuera le pareció ver al fulano del tocadiscos, quien caminaba haciendo su «tic» nervioso, el cual disimulaba en parte señalando un ritmo de baile.

Contra lo que su misterioso comunicante le había anunciado,

Parker no encontró en su departamento las fotografías que debían servir para llevar a cabo la extorsión.

Se sintió aliviado, pensando en que los planes del misterioso personaje podían haber sufrido un quebranto.

Había tenido una tarde accidentada, había recibido algunos golpes y se sentía cansado. Y más que cansado, preocupado.

Y decidió meterse en la ducha, cambiarse de ropa e irse a cenar. Pensó que Nellie Cassel, la atractiva rubia que le había metido en el lío con los dos mastodontes, habría sido una buena compañera para ir a divertirse después de la cena.

Cuando Elliot, a medio vestir, salió de la ducha quince minutos más tarde, se encontró con que tenía visita.

Un fulano estaba cómodamente arrellanado en un sillón y le encañonaba con una «German Luger».

Había otro, menos aparatoso que el primero y cuya preferencia estaba por una «Smith y Wesson» de buen calibre.

Parker no pudo menos que pensar que los ojales que abrieran sus balas tendrían un mal arreglo.

El de la «Smith y Wesson» se situó a uno de los flancos de Parker y le apoyó la boca de fuego del arma a la altura de los riñones.

Parker se mantuvo tranquilo. La ducha le hacía ver la vida de manera optimista y dijo mostrando sentido del humor:

—Ahí no, por favor. Tengo muchas cosquillas.

Pero el fulano no estaba en condiciones de comprender el humor de Parker y replicó asestándole un puntapié en una pierna a la vez que advertía:

—Silencio...

—¡Diablos! Temo que su coeficiente mental está muy por debajo de lo normal. Y también parece olvidar que está en mi casa y ha entrado sin mi permiso.

Los dos intrusos se miraron, reflejando a su pesar bastante asombro ante la tranquilidad de que daba muestras Parker.

—¿Qué me ha dicho este fulano? —preguntó el de la «Smith y Wesson» a su compañero.

Hizo mención al mismo tiempo de golpear a Elliot; pero el del sillón hizo entonces de hombre bueno y dijo:

—No seas arrebatado, amigo. Parker tiene razón, estamos en su casa. Por otra parte, él es un chico comprensivo y no dará trabajo.

¿Verdad, Parker?

El dueño del apartamento señaló un ademán amistoso. Y respondió con burlona amabilidad:

—Al contrario, muchachos, encantado de vuestra visita. Podéis serviros. En ese pequeño mueble tenéis *whisky*, cigarrillos y vasos. Podéis turnaros para beber.

El del sillón sonrió encantado cuando se dirigió a su compañero para decirle:

—¿Qué te decía yo? Parker se crió sano y robusto porque fue obediente y comprensivo. Desea conservarse sano y robusto y continuará siendo obediente y comprensivo.

—Emocionante parrafada, muchacho —comentó Parker—. Se ha ganado el *whisky*... Y hasta la pipa de la paz.

—Tendremos paz... Siempre que usted quiera, naturalmente.

Alargó el individuo la mano que tenía libre y pidió:

—Vamos, Parker. Necesitamos lo que le sacó hace unas horas a Harry Benson. No se trata de esas cosas sucias de las que él se valía para hacer chantaje al prójimo.

—Han tomado el camino equivocado, muchachos. No le saqué nada a Benson. Aunque me hubiese gustado sacarle el hígado, hace ya bastante tiempo.

—No nos hemos equivocado. Nuestros servicios secretos le vieron entrar en las oficinas del maldito chantajista y picapleitos.

—Sus «servicios secretos» están arreglados...

—No negará que usted estuvo allí —dijo el que hacía de hombre bueno entre los dos.

Parker se encogió de hombros y dijo en respuesta:

—Temo que su coeficiente mental no es superior al de su compinche. Créanme, bébanse un trago y hagan camino luego. Yo tengo mucho que hacer y no puedo perder tiempo.

El que hacía de hombre bueno hizo una leve seña a su compinche y éste atacó, descargando un golpe con el canto de la mano en los músculos del cuello a Parker.

Éste sintió el dolor, pero hubiese podido resistir perfectamente. Sin embargo, decidió que debía dejarse caer y lo hizo.

El que había golpeado le atizó entonces un puntapié que lo dejó sin respiración.

Parker aferró al fulano por los tobillos y le hizo un tirabuzón con

una pierna.

El fulano, ante semejante tratamiento, giró de manera vertiginosa a la vez que gritaba como un energúmeno.

No pudiendo resistir al violento dolor, dejó escapar el arma y fue a caer sobre su compinche, quien no se atrevió a disparar contra Parker por temor a herir al otro.

Parker se movió con rapidez, saltando sobre los riñones del de la «Smith y Wesson», que volvió a poner el grito por la estratosfera.

El movimiento de ataque de Parker terminó lanzándose como un tigre, con la cabeza por delante, contra el de la «German Luger».

Quiso el ingeniero apoderarse de la pistola, pero falló al moverse el otro, y chocaron cabeza contra cabeza.

El impacto fue espantoso, pero con ventaja para Parker mientras el otro dejaba escapar la pistola.

Quiso Parker apoderarse del arma para dominar la situación rápidamente, pero se equivocó. El de la pistola «German Luger» se había rehecho pronto y le atacó, golpeándole en la nuca con el filo de la mano.

Y Parker dio con dureza, de bruces contra el suelo.

Repitió el golpe el fulano, pero el ingeniero giró la cabeza instintivamente y el golpe dio en el suelo.

La ocasión quedó propicia para Parker, el cual asestó a su enemigo un puntapié en la boca.

Gruñó el fulano dando la impresión de que el golpe no le había hecho ninguna gracia, ya que en el choque salió perdiendo dos dientes que saltaron por el aire.

Aulló el hombre a la vez que se revolcaba por el suelo y Parker vio logrado el momento de apoderarse de la «German Luger», con la cual encañonó a los dos individuos cuando ya el otro intentaba recobrar su «Smith y Wesson».

Parker ordenó secamente:

—¡Quieto, «gorila»! Quieto o te agujereo la piel... Había recobrado rápidamente su calma y el sentido del humor y añadió:

—Y no me gusta tirar. Me asusta el ruido de los disparos y no quiero fiambres en casa. Lo ponen todo perdido.

El de la «Smith y Wesson» miraba a su compinche con expresión que reflejaba estupor. No entendía lo que Parker había dicho ni comprendía que se pudiese hacer broma en una situación como

aquella.

Sin embargo, entendió perfectamente que su vida corría peligro y que pese a su sentido del humor, Parker estaba dispuesto a disparar. Y el hombre se estuvo quieto.

El que había recibido el puntapié en la boca seguía aullando aunque sus lamentos habían bajado de tono.

No se estaba quieto y dio la impresión al dueño del apartamento de que buscaba sorprenderlo en uno de sus al parecer inofensivos movimientos.

—Quietos, muchacho, o el otro golpe te puede costar dos dientes más. En la vida hay que saber perder, ¿está claro?

El fulano quedó quieto al recibir la advertencia, manteniéndose sentado en el suelo, mirando con estúpida expresión hacia la boca de fuego de su propia pistola.

Parker bromeó, diciendo:

—Supongo que estará cargada.

Pero los dos intrusos seguían sin comprender el sentido del humor de Parker y permanecieron en hosco silencio.

—Veamos, muchachos. Ustedes querían algo. Y no era precisamente la basura con que Benson hacía chantaje a la gente. ¿De qué se trata? Con un poco de buena voluntad, creo que podríamos llegar a entendernos.

La mirada del que había recibido el puntapié en la boca, reflejó recelo.

—Vamos, habla. Tú mismo dijiste que yo era un muchacho comprensivo. Lo estoy demostrando, ¿no?

El hombre afirmó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Vamos, habla. ¿Qué veníais buscando? —preguntó Parker.

Aunque con dificultad, respondió el de la «German Luger», mirando con desconsuelo a la pistola que esgrimía Parker:

—Usted inventó algo hace tiempo.

—Sí.

—Benson se lo robó.

—Sí.

—Y usted lo recobró hoy, cuando liquidó a Benson.

—Ahí os ha fallado vuestro «servicio secreto». No liquidé a Benson ni he recobrado nada.

Siguió un lapso de silencio. Los dos hombres daban la impresión

de no ser capaces de comprender las palabras de Parker.

—No puedo creerlo —dijo al fin el que llevaba la voz cantante.

—Me tiene sin cuidado que lo creáis o no. Es como digo.

El de la «Smith y Wesson», que había resultado menos castigado en el choque, se las quiso dar de listo, diciendo:

—Escuche, míster. A nosotros nos trae sin cuidado si usted liquidó a Benson o no. No somos chivatos ni queremos nada con la «poli». Nos interesa su invento y estamos dispuestos a pagarlo bien.

Tras haber hablado, el granuja cambió una mirada de inteligencia con su compinche, el cual aprobó con el gesto.

—¡Asombroso! Eres capaz de razonar y todo —ironizó Parker.

—Pagaremos bien —insistió el de la «German Luger».

—Vais a pagar, pero será el allanamiento de morada, el intento de robo; y también os acusaré de intentar vender una patente secreta al extranjero...

—Inténtelo y se verá envuelto en el asesinato de Benson, míster. Y si escapa usted de la cámara de gas, será más que milagro —respondió cínicamente uno de los dos hombres.

Parker, que comenzaba a perder la paciencia, dijo con voz sorda:

—No sé cómo me agunto y no os machaco, granujas. ¿Para quién trabajáis?

—Para nosotros... —respondió el de los dientes saltados.

—Te voy a dejar sin un hueso sano en la boca, granuja. No tenéis de ahí ni de ahí para trabajar por vuestra cuenta.

Parker, que señaló corazón y cabeza, preguntó comenzado a violentarse:

—¿Para quién trabajáis? Pronto o va a comenzar el baile.

El de la «Smith y Wesson» actuó entonces de manera inesperada, lanzándose en impresionante salto, colocándose por debajo de la línea de tiro de la pistola que empuñaba Parker.

Los dos hombres chocaron violentamente y el ingeniero recibió un doloroso golpe en el vientre, saliendo despedido hacia atrás a la vez que perdía la pistola.

El de la «Smith y Wesson» se lanzó sobre el arma. En el mismo instante comenzó a repiquetear el avisador telefónico.

CAPÍTULO IV

Parker se veía abocado al desastre.

Al caer hacia atrás dio una voltereta y calculó de forma que quedó cerca de su equipo submarino, aferrando el arpón del mismo.

El de la «German Luger» trató de interponerse para dar tiempo al otro a empuñar su pistola y Parker golpeó sin miramiento alguno, haciendo gritar al fulano, que se fue al suelo de bruces.

Saltó Parker sobre el otro, al cual pisó la mano cuando ya empuñaba el arma. Y cuando tuvo bien sujeta la mano con el pie golpeó de plano con el arpón, arrancándole estentóreos gritos.

El timbre del teléfono seguía repiqueteando.

El fulano que estaba libre, aturdido por el fuerte castigo recibido, viendo que iban a salir malparados, tiró de su compinche, al cual logró arrancar de debajo del pie de Parker.

Y una vez libres los dos hombres corrieron de una manera desenfadada.

Tropezaron ambos contra la puerta y retrocedieron medio atontados; pero aún pudieron abrir y salieron a todo correr, seguros de que Parker no tiraría por la espalda.

Pero sabían también que si les alcanzaba con algún golpe y los derribaba, aquella noche dormirían entre rejas.

Parker les hubiera perseguido, pero consideró que no estaba en condiciones de hacerlo, ni por la ropa ni por las complicaciones que podían llover sobre él.

Los dos fulanos rodaron dos veces escaleras abajo. Parker oyó los gritos del portero, increpándoles. Al fin cesó todo ruido y Parker cerró la puerta.

El teléfono había cesado en sus llamadas, pero no tardó en reanudarlas.

Parker, irritado, tomó el microauricular.

—¿Sí? —preguntó.

Respondió el misterioso desconocido:

—Se ha producido un pequeño contratiempo, Parker, pero recibirá eso inmediatamente. Esta misma noche debe iniciar su gestión.

—¡No trabajo con bastardos traidores! —respondió Parker en tono violento, añadiendo—: ¡Y puede hacer lo que le plazca con mi pistola!

Parker intentaba sorprender a su comunicante para saber si realmente tenía algo que ver con lo sucedido.

Lo notó desconcertado cuando le respondió:

—Le aseguro que no lo entiendo, Parker. ¿Qué ha sucedido? —preguntó finalmente.

—¡No se haga de nuevas! Usted buscaba mi invento, el que me robó Benson hace unos meses...

—Le aseguro que no lo entiendo. Explíquese...

El misterioso personaje era sincero, no cabía la menor duda.

Parker le hizo entonces un relato de lo sucedido, relato que el otro escuchó atentamente, sin interrumpir una sola vez.

Cuando el ingeniero hubo terminado, el desconocido pidió:

—¡Quiere describirme a esos dos fulanos!

—Tendré mucho gusto en ello. Seguramente los encontrará entre su gente.

—No diga tonterías; lo considero más inteligente que para pensar una cosa así...

Tras breve lapso de silencio, dijo el hombre:

—Esos fulanos se acordarán de mí, y quien los mandó, también. Han estado a punto de estropear mis asuntos...

A Parker le pareció percibir un ruido en la puerta y al dirigir la mirada hacia ella descubrió un sobre que había sido metido por debajo de la misma.

Pidió a su comunicante:

—¡Un momento! Vuelvo enseguida.

Corrió hasta la puerta y la abrió.

No logró ver a nadie a pesar de que salió hasta asomarse por el hueco de la escalera.

Volvió atrás y recogió el sobre. Lo abrió y lo primero que le saltó

a la vista fue una cuartilla.

Habían sido recortadas de un periódico las palabras necesarias que luego habían sido pegadas en la cuartilla en el siguiente orden:

«Es inútil que busque huellas dactilares».

Parker murmuró:

—No hay duda que el fulano se las sabe todas. No ha querido escribir siquiera disimulando su letra. Tampoco ha querido confiarse a una máquina de escribir, sabiendo que, aunque difícil, puede llegar a ser localizada.

Sin preocuparle que el otro estaba esperando al aparato, sacó las fotografías y silbó con expresión que reflejaba asombro.

Era cierto lo que el chantajista le había dicho. No era necesario que le anunciase de quién era. La reconoció enseguida; y exclamó:

—¡Madre mía! ¡Si es Nellie Cassel en persona!

Le temblaban las manos y temió que los ojos se le iban a escapar de las órbitas.

Eran tres las fotografías, soberbias las tres. Y en ellas Nellie Cassel aparecía en el final de un «streap-tease», aunque no se divisaba a ningún espectador.

Oyó que su comunicante silbaba levemente a través del teléfono, para llamar su atención y acudió.

—¿Las ha recibido ya? —preguntó el misterioso personaje.

—Sí. Cualquier periódico daría una buena suma por publicarlas. Darían más de esos cinco mil dólares que usted piensa sacar.

—Ya lo sé. Y es algo que puede suceder; pero antes prefiero intentar llegar a un acuerdo con ella. Y si fallase, con —otra persona que esté detrás de ella.

—¿La que paga a los dos perros fieles que la siguen?

—La misma persona. Por cierto, debo felicitarle por su exhibición frente a ellos. Su acción le abrirá camino para que la chica lo reciba con simpatía.

—Y para que luego el desprecio sea mayor...

Había amargura en las palabras de Parker, a quien Nellie había gustado extraordinariamente.

—No sufra antes de tiempo. Nadie sabe cómo pueden reaccionar las mujeres.

—Es usted un maldito escarabajo al que me gustaría aplastar con el pie —dijo Parker, expresando fielmente lo que sentía en aquel momento.

—Cuidado, Parker. Yo no soy uno de esos pobres diablos que hizo usted correr hace poco. Ni tampoco uno de los guardianes de Nellie Cassel.

—Prefiero no responderle ahora.

—De acuerdo. Y ahora una cosa; puesto que la chica le gusta, debo decirle que con teleobjetivo se logran maravillas. Eso y la complicidad de algún servidor. Cuestión de tiempo y de paciencia y Benson tenía de una y de otra cosa...

—Instrucciones —pidió secamente Parker.

—Esta noche ella asistirá a una cena de gala en el restaurante de Mike Romanoff. No le resultará fácil llegar hasta ella, pero opino que puede y debe intentarlo.

—Iré a esa cena...

—Es por invitación y no he tenido ocasión de lograr una para usted; los acontecimientos se han precipitado de manera sorprendente.

—Intentaré entrar sin necesidad de su ayuda. Espero que usted me vigilará...

—Si lo que quiere es saber si estaré o no allí, para intentar localizarme, me permito aconsejarle que no pierda el tiempo...

—¿De qué me serviría localizar a un fulano de su calaña? Usted ha demostrado que me tiene en sus manos...

—Usted es un temperamental y con la gente de su clase hay que tener cuidado... No me gusta engañarme.

—Gracias por la estima en que me tiene...

—Debe tener cuidado con los gorilas que la guardan. Aparte de que deben cumplir su obligación, le guardarán rencor por la paliza que les ha dado esta tarde.

—Me tienen sin cuidado.

—En realidad no son ellos quienes le deben preocupar, sino Charles Ramsay...

—¿El productor? —preguntó Parker.

—El mismo. Es el protector de Nellie, está ciegamente enamorado de ella y es capaz de destrozar a cualquier hombre del cual Nellie se pueda enamorar.

—Ramsay no me da frío ni calor —manifestó el joven.

—Porque no le conoce usted. Es un mal enemigo, créame. Contrabandista, asesino, ex presidiario...

—¡No me diga!

—Yo lo supe cuando era ya un poco tarde —manifestó el desconocido con sombría expresión.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Parker.

—No pregunte. Cuídese de él. Lo hará asesinar si nota que usted le ha caído simpático a la chica...

—No creo que yo le cayese simpático a ella. Simplemente me empleó para escapar de la vigilancia de los dos gorilas...

—Es posible —admitió el desconocido—. Pero no debe preocuparle. Ella no tiene ninguna aventura. Simplemente querría respirar tranquila, sin sentirse vigilada.

—¿Seguro que ella no tiene ninguna aventura? —preguntó Parker, más interesado de lo que le hubiese gustado estar.

—Seguro: Y ahora debe conocer ciertas particularidades que pueden facilitar su trabajo.

—Diga.

—Usted sabe que la propaganda hecha en torno a Nellie Cassel se ha basado siempre en que posee una moral intachable.

—Sí, lo sé.

—Parece que es cierto. Al menos, hasta ahora, no ha dado escándalos, no se ha casado y por tanto no ha habido lugar a divorcio, no se le ha conocido ningún *romance*...

—¿Ella no sale con Paul Stuart?

—¿Ese cretino presumido? Sí, sale con él porque precisamente Charles Ramsay sabe que no es peligroso. Otra cosa es Myron Cody, el actor que hará la próxima película con ella.

—Pero Cody es casado...

—Sí; pero se divorciará. Y Cody sí es el hombre capaz de enamorar a Nellie Cassel.

Parker experimentó cierta desazón al escuchar tales palabras al desconocido; y se limitó a decir:

—¡Vaya!

—Pero Ramsay vigila y no consentiría que se lleguen a entender. No vacilaría en arruinar a Cody, e incluso lo haría suprimir. Lo cual quiere decir que si la chica se enamorase de usted, yo no daría dos

centavos por su vida, Parker.

—Gracias por el aviso. ¿Algo más?

—Nada más... Solamente decirle que aunque confío en usted, estaré al tanto de sus movimientos.

—Gracias por su interés —respondió Parker con manifiesta ironía.

—No tiene nada que agradecer. Es lo menos que merece usted —respondió el desconocido en el mismo tono, para concluir más normalmente: —Ya le llamaré.

Casi inmediatamente quedó cortada la comunicación telefónica.

El ingeniero dejó el tubo sobre la horquilla del aparato telefónico y comenzó a vestirse teniendo en cuenta que debía tratar de entrar en contacto con Nellie y para ello tendría que ir al elegante restaurante de Mike Romanoff.

Se disponía a salir cuando llamaron a la puerta.

Abrió con las naturales precauciones, encontrándose ante dos hombres que olían a policía queapestaban.

Uno de ellos se apresuró a mostrar su insignia a la vez que se presentaba:

—Teniente Roy Cassidy, de homicidios... Mi acompañante es el sargento detective Mark Houston. Tenemos que hablar con usted.

—Pasen. Iba a salir, pero puedo retrasar la salida unos minutos.

Se hizo a un lado para que entrasen los recién llegados.

Les señaló asiento y el mismo ocupó un sillón.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Se le acusa de haber asesinado al abogado Harry Benson.

—¿Al fin se ha decidido alguien a terminar con ese repelente granuja? —preguntó Parker.

—No se haga de nuevas, Parker. Le vieron salir de allí poco después de haber sido asesinado él.

—No es posible que me hayan visto porque no he ido por allí... Suponiendo que lo hayan asesinado en sus propias oficinas...

—Los chantajistas suelen tener mal final. No me sorprende que hayan terminado con él.

Hizo una pausa y prosiguió diciendo:

—En realidad, hace meses que debí haber terminado yo con él. Confieso que me faltó valor.

—Pero en esta ocasión lo ha tenido. Si es que se necesita valor

para cometer un cobarde asesinato.

—Supongo que se debe necesitar. Al menos a mí me faltó para matarlo, a pesar de que se lo tenía bien merecido.

El policía pareció desconcertado. Al fin dijo:

—Tendrá usted que acompañarnos, señor Parker. Debemos interrogarle en la brigada.

—Lo siento, señores, pero no pueden detenerme y no les acompañaré por mi gusto. Tengo cosas más interesantes que hacer. Pueden preguntar lo que quieran.

—¿A qué ha ido usted a la oficina de Harry Benson?

—Ya les he dicho que no he estado allí. ¿A qué hora lo han asesinado? —preguntó el joven.

—Somos nosotros quienes tenemos derecho a interrogar, señor Parker —dijo el teniente severamente.

—Pues interroguen, mientras yo les conceda ese derecho, naturalmente.

—¿Qué ha hecho usted esta mañana?

—He trabajado hasta las dos en los estudios de la «Klang Film». No he salido de allí un solo momento y hay bastantes personas que pueden atestiguarlo.

Se puso en pie y preguntó:

—¿Es eso todo? Ya les he dicho que se pueden probar mis movimientos durante toda la mañana... Y tengo prisa.

—Síntese, por favor. ¿Qué ha hecho por la tarde?

—¿No lo asesinaron por la mañana? —preguntó el joven con naturalidad.

—No.

—Han tratado de pillarme en falta. No es muy leal por parte de ustedes.

—Tenemos que descubrir a un asesino —respondió el teniente sencillamente.

—Entonces, llamen a otra puerta.

—¿Qué ha hecho esta tarde, Parker?

El joven respondió, dando la sensación de que hacía acopio de paciencia para no estallar:

—Tras terminar mi trabajo en los estudios almorcé con una compañera de trabajo en el restaurante del propio estudio. Serían las tres cuando emprendimos el regreso a la ciudad...

—Adelante. No hemos, llegado.

—Vine a mi apartamento tras dejar a la chica en el suyo. Y dormí hasta las cinco, aproximadamente. A esa hora me vestí y me fui a Long Beach.

—¿Con quién? —preguntó el teniente.

—Sólo...

—¿A dónde ha ido?

—A respirar el aire del mar.

—¿Quién puede justificar eso? —preguntó el policía con recelosa expresión.

—Yo. Por si les pudiese servir, debo decirles que aproximadamente a las seis o seis y cuarto, al regresar, tomé un *whisky* en el bar de un tal Steve Marino. Tiene bar y motel. ¿Saben en dónde está?

—Sí. En la confluencia número seis con la de la costa.

—Justo ahí —respondió Parker.

—¿Y es precisamente Steve Marino quien debe dar valor a su coartada? —preguntó despectivamente el teniente.

—Había más gente allí. Como no podía imaginar que me iba a ver acusado de asesinato, no se me ocurrió preguntar a nadie en dónde podría encontrarles para que diesen valor a mi coartada.

El policía se mordió el labio inferior.

Parker prosiguió, diciendo:

—Mi paso por allí fue bastante notado pues zurré duro a dos fulanos que me provocaron.

—¿Quiénes eran?

—La verdad es que no se me ocurrió pedirles la documentación. ¿Algo más, teniente?

Parker, que se había vuelto a sentar, se puso en pie nuevamente para dejar bien sentado que necesitaba marcharse. Al propio tiempo consultó su reloj.

El teniente Cassidy dijo con adusta expresión a Parker:

—No saldrá usted de la ciudad sin antes comunicárnoslo...

—Espero que me permitirán ir a los estudios a trabajar. Necesito ganarme la vida, teniente.

—No lo tome a broma, Parker. Y ahora debo decirle otra cosa. Benson ha sido asesinado con una pistola de la misma marca que la que usted posee. ¿En dónde está su pistola?

—Lo ignoro, teniente. Puesto que sabe bastante sobre mi persona, no ignorará que estuve internado en una clínica para enfermos mentales.

—No lo ignoro.

—Fue a consecuencia de una sucia maniobra de Harry Benson.

—Eso quiere decir que tenía motivos para matarlo.

—Había mucha gente que tenía motivos para matar a Benson. Era un ladrón y un sucio chantajista. Ustedes lo sabían y Jo han dejado campar por sus respetos...

—Nadie lo denunció jamás —alegó el policía.

—Tampoco él ha denunciado ahora que le hayan matado y ustedes están armando bastante barullo con el caso —respondió Parker audazmente.

Los dos policías se miraron, reflejando el más vivo estupor en sus expresiones, llegando a temer por la razón del joven ingeniero.

—Bien, ¿qué hay de su pistola? —insistió el teniente.

—Ya se lo he dicho; lo ignoro. Desapareció en aquella época.

—Debió haber denunciado el hecho.

—Estaba loco, teniente, y no me hubiesen hecho caso. Por otra parte, no podía imaginar entonces que alguien pudiese matar a Benson con una pistola de esa misma marca.

Los dos policías no aguardaron a más y se marcharon sin despedirse apenas del joven.

Éste quedó riendo interiormente. Y antes de salir se aseguró de que las fotografías de Nellie Cassel, que habían sido separadas del archivo del abogado asesinado, estaban bien guardadas, a excepción de una que se llevó para iniciar su trabajo.

Antes de salir se aseguró también de que todos los huecos quedaban bien cerrados por dentro.

Y se aseguró así mismo que la puerta de su apartamento no podría ser abierta fácilmente por cualquier intruso.

Tomó Parker su automóvil y pensó en dirigirse directamente al restaurante en donde se daba la fiesta.

Pero luego lo pensó mejor y se encaminó hacia la zona residencial de Beverly Hills en donde Nellie Cassel vivía en un lindo chalet que poseía un magnífico parque y una suntuosa piscina.

La entrevista con los policías le había hecho perder bastante tiempo. Y cuando llegó frente al chalet vio a Nellie, la cual salía

acompañada por Paul Stuart, el afectado actor que aspiraba al estrellato.

Iban en un soberbio «Jaguar». Pero no iban solos. Uno de los «gorilas» que habían atacado a Parker en el bar de Marino iba al volante y el otro marchaba a su lado, aunque no perdía de vista a la pareja gracias a un retrovisor; y tampoco perdía de vista a nadie que quedase cerca del «Jaguar».

Parker, en lugar de seguir detrás de ellos, maniobró y salió a otra calle.

—No debo correr el riesgo de que los recelosos perros éstos me descubran siguiéndoles.

CAPÍTULO V

Parker llegó ante el restaurante del famoso Mike Romanoff cuando ya el «Jaguar» había descargado a Nellie, a Paul Stuart y a uno de los «gorilas», mientras que el otro se retiraba con el automóvil.

La gente aplaudió rabiosamente a Nellie.

Y la policía hubo de realizar esfuerzos para que no la aplastaran ni la desvistiesen en el corto trayecto que hubo de recorrer desde el automóvil a la puerta del restaurante.

El «gorila» que quedó junto a Nellie hubo de formar una especie de parapeto protector por uno de los lados, mientras Stuart estuvo a punto de ser arrollado por el otro.

Por el entusiasmo del público y las frases que dirigieron a la actriz que comenzaba a ser su favorita, comprendió Elliot que la forma en que Ramsay había conducido la propaganda sobre Nellie había hecho gran impacto.

Y comprendió también perfectamente la estrategia del desconocido chantajista; la publicación de las fotografías, el simple conocimiento de la existencia de ellas, podía significar la ruina artística de Nellie.

Parker señaló un encogimiento de hombros, diciendo para sí:

—Aunque, ¿quién sabe cómo va a reaccionar la gente?

Se adelantó Parker al «Jaguar» que había transportado a Nellie, aparcó y volvió rápidamente atrás.

Una vez cerca de la entrada del restaurante, aguardó su ocasión. Tenía que entrar. Le importaba poco el trabajo a realizar, pero quería verse cerca de Nellie, deseaba que se fijasen en él los componentes del mundillo cinematográfico en el cual se iniciaba.

Y Parker vio llegada su ocasión con la aparición de una

celebridad femenina cuyo pie de propaganda era bien escandaloso.

La bella y atractiva mujer iba acompañada de un viejo «Don Juan» sobradamente conocido por sus escándalos.

La estrella se apoyó en el brazo del «Don Juan», apretujándose contra él mientras que con el otro, brazo tiraba de un joven galán, realidad ya, salido de la más famosa escuela de arte dramático.

Se les tributó un recibimiento delirante; la masa humana, en su entusiasmo, pareció dispuesta a desnudar a la estrella y al galán para llevarse algunos recuerdos.

Gritó la estrella, temiendo que sus vestidos podían desaparecer dejándola en situación de no poder asistir a la fiesta.

Y Parker surgió, actuando tal como había visto hacer al «gorila» que protegiera a Nellie, sirviendo de parapeto a la estrella, moviéndose con energía mientras se dirigía a ella.

—¡Vivo, señorita Winter! Parece que ganamos la batalla...

Actuó de forma que la desprendió del brazo del «Don Juan», llevándola casi en volandas hasta la zona segura.

Ella sonrió amablemente, vio que los fotógrafos estaban dispuestos y despreocupándose de sus compañeros, se aferró del brazo de Elliot, apoyando la cabeza en uno de los poderosos hombros del joven.

Guiñó un ojo con expresión de picardía y se dirigió a los periodistas para comunicar festivamente:

—¡Es mi última conquista, amigos! ¡Como podrán apreciar, se trata de un tipo sensacional!

Rieron todos.

La estrella tiró de Parker, desembarazándose rápidamente de la nube de fotógrafos, los cuales pasaron a ocuparse del galán que acompañaba a Nancy Winter, y cuyo traje había salido bastante averiado del encuentro con sus admiradoras.

Nancy Winter se dispuso a despedirse de Parker; lo abrazó estrechamente delante de todos y lo besó de manera apasionada.

Sonrió luego con expresión de picardía y dijo:

—Gracias, joven. Te auguro un buen porvenir. Te he visto trabajar ayer en la «Klang Film». Algún día contaré contigo...

—Gracias a usted, señorita Winter.

—Llámame Nancy, muchacho. Te lo has ganado.

Iba a separarse de él al ver llegar al galán y al viejo «Don Juan»,

pero comprendió que Parker se hallaba en un apuro y le preguntó:

—¿Te sucede algo, muchacho?

—Que me ha deslumbrado, Nancy.

—Eres un embustero —respondió ella, sonriendo con expresión de picardía—. Sé bien lo que te sucede. No tienes invitación...

—Justo es eso...

—Y es natural que desees entrar...

Buscó la sugestiva mujer en su bolso y entregó a Parker una invitación, diciendo:

—Es la mía. Y si quieren, que no me permitan la entrada a mí. No me des las gracias. Nos veremos...

Nancy Winter volvió a sonreír con expresión prometedora y se separó de Parker para reunirse con sus dos acompañantes.

Se situó entre ellos, prendiéndose de sus brazos y se alejó contoneándose graciosamente, dejando a Parker, quien fue centro de la curiosidad y la envidia de los que habían sido testigos de la escena.

Algunos reporteros gráficos dispararon sus «*flash*» tomando como objetivo al joven que podría ser pronto celebridad y que en aquel momento era anécdota de la vida de Nancy Winter.

Nancy Winter y Nellie Cassel se había llevado una diferencia de un par de minutos escasos y Nellie, antes de entrar en el comedor, había sido testigo de la escena entre la «vamp» y Elliot.

Y cuando poco después entró Parker en el comedor, su mirada se encontró con la de la atractiva Nellie, la cual había reconocido en él al joven del bar de Steve Marino.

Lo contempló con respeto y admiración a la vez, pensando que había sido capaz de zurrar limpiamente a los dos gorilas.

En cuanto a éstos, que se habían reunido y permanecían en el *hall*, miraron al joven con prevención.

Parker, una vez en el comedor, se sintió un poco desplazado en el ambiente, aunque conocía a bastante de la gente que se hallaba reunida en el lugar.

Observó miradas de curiosidad en torno a su persona. Algunas mujeres le miraron con interés pensando que era un descubrimiento de Nancy Winter.

Los hombres que estaban llegando a situarse le miraron con prevención, preocupados por la personalidad y el físico

impresionante de Elliot.

Algunos directores que necesitaban descubrir gente nueva consideraron al intruso con cierto interés.

En dos ocasiones se cruzaron las miradas de Parker con las de Nellie.

Ella, primero, iba acompañada por un fulano alto, de cabeza rapada, facciones abultadas y expresión dura.

La expresión del fulano resultaba inmovible, poco simpática, rígida.

Parker sabía sobradamente que se trataba de Charles Ramsay, de quien tan malos informes había recibido por parte del desconocido chantajista.

Ramsay se decía inglés, había aparecido en Los Ángeles hacía muy pocos años y se había encumbrado rápidamente.

Se había hablado de él en la Prensa en más de una ocasión. Y ni en ella ni fuera de ella se había vislumbrado nada relacionado con asesinatos ni *gangsterismo*. Sin embargo, Parker intuía que el misterioso desconocido no había exagerado al acusar a Ramsay.

La segunda ocasión en que las miradas de Parker y Nellie se habían cruzado, ella había quedado sola con Paul Stuart mientras Ramsay había acudido a saludar a Myron Cody, el actor que debía compartir los honores estelares con Nellie en una muy próxima película.

Cody valía como artista. Tenía temperamento y figura; pero estaba endiosado y en muchas ocasiones resultaba inaguantable por su presunción y su insolencia.

Acompañaba a Cody una mujer espléndida, que había estado en las puertas de la fama, pero que luego había quedado oscurecida. Era la esposa de Cody. Su nombre de soltera, el que usaba artísticamente, era Hilda Savaje y no se resignaba con su fracaso artístico.

Por otra parte, estaba en plena crisis nerviosa y moral debido a los rumores que circulaban sobre su próximo divorcio con Cody, pues éste parecía enamorado de la atractiva Nellie Cassel y dispuesto a casarse con ella si la impresionante rubia lo aceptaba.

La segunda vez que la mirada de Parker se cruzó con la de Nellie, el ingeniero tuvo la audacia de hacerle un discreto gesto significándole que tenía necesidad de hablar con ella.

Nellie no pareció sorprendida, aunque miró luego con expresión de ansiedad hacia donde se hallaba Ramsay primero y hacia donde se hallaban los vigilantes gorilas después.

Éstos, aunque fuera del comedor, no perdían de vista a la estrella, particularmente, si ella se separaba de Ramsay.

A un tercer intercambio de miradas, la de Parker se hizo más apremiante y Nellie, que se había quedado sola con el amanerado Stuart, sonrió con disimulo dando a entender al joven que estaba dispuesta a entrevistarse con él.

Parker afirmó con la mirada y de manera que ella pudiese darse cuenta de su idea, se deslizó hacia el lugar en donde se hallaba el tocador de las damas.

Nellie aceptó la idea de él con un ademán muy ligero y un fugaz gesto de entendimiento. E instantes después la estupenda rubia se excusaba con Stuart, aprovechando que éste parecía deseoso de hablar con Beth Cooley, la periodista de pluma viperina y gran influencia en los medios cinematográficos, a la cual temían todos.

Vio Parker cómo Nellie se escurría, procurando que su desplazamiento pasase inadvertido para Ramsay y para los dos fieles guardianes.

Y el joven ingeniero se le adelantó, aguardándola en un discreto rincón, tras una cortina y una espléndida planta.

Apenas asomó Nellie buscándolo con la mirada, Parker, que se hallaba medio oculto, la tomó de una muñeca, tiró de ella y metió a la sugestiva joven en el rincón, cubriéndola con su cuerpo.

Ella, aunque aguardaba encontrarse con él, se sintió sorprendida y hubo de ahogar un pequeño grito.

Parker, en silencio, sin darle ocasión a protestar, la enlazó por la cintura, estrechándola fuertemente contra su cuerpo a la vez que la besaba frenéticamente, hasta la extenuación.

Nellie, en principio, hizo oposición a la caricia, para finalmente entregarse a ella con apasionamiento, colocando su mano derecha en la nuca de Elliot.

Quando terminó el largo beso, dijo ella desmayadamente:

—¡Bien!. Tú has ganado. Pero no debe volver a suceder...

—Me lo debías, rubia. Gracias a mí pudiste ir sola y tranquila a respirar el aire del mar.

Sonrió ella con expresión de picardía y dijo:

—De acuerdo. Estamos en paz.

—¿Por qué vas con ese cretino de Paul Stuart? Es un ente ridículo.

Volvió a campear en el rostro de la rubia una sonrisa de travesura. Y ella respondió:

—¿Qué quieres? Es lo que se lleva ahora. Los «chihuahuas» y los «caniches» están pasados de moda.

Rieron de buen grado, manteniendo sus manos enlazadas, mirándose a los ojos...

—Tengo las peores referencias de Ramsay. Debes lanzarlo por la borda.

Nellie se puso seria y respondió:

—Imposible. Es quien me ha levantado; y lo mismo que me ha levantado, me hundiría.

—¿Es que no tienes confianza en ti? Tú has llegado ya. Te sobra personalidad, no solamente para sostenerte, sino para elevarte más y más.

—No hablemos de eso, muchacho.

La expresión de Nellie en aquel momento resultaba atormentada. Y la joven miró con inquietud hacia el lugar en donde había quedado Ramsay, pasando luego al local anexo por cuya puerta asomaban sus cabezas los dos gorilas mirando con inquietud y tratando de localizarla.

Nellie comenzaba a sentirse inquieta y trató de zafarse de Elliot, que la mantenía asida por las manos mientras la cubría con su corpachón.

—¡Un momento aún!

—No puede ser. Los dos gorilas están tratando de ventearme.

—Tengo que verte, es necesario.

—Es inútil, muchacho audaz. Me gustas, pero necesito tranquilidad, ¿comprendes?

Antes de que él pudiese oponer nada, siguió diciendo:

—Sí, ya sé que les zurraste y que podrías volver a zurrarles; pero eso no es todo...

—Escucha, rubia. Iré a verte a tu hotel esta misma madrugada, después de la fiesta.

—¡Ni lo intentes! ¿Pretendes que te aplasten? Te dejarían convertido en un amasijo de carne. Si no bastaban dos de ellos,

serían cuatro o seis... No sabes aún quién es Charles Ramsay. El verdadero peligro está en él.

—Tal vez sepa de él más que tú y por eso pretendo que te apartes de su lado...

—Imposible...

—Iré a verte. Pongamos alrededor de las dos y media. A esa hora debes estar allí ya.

—Estarán los dos gorilas vigilando. Estoy como prisionera. Así comprenderás mejor mi treta de esta tarde.

—Espérame. Yo me encargaré de allanar el camino.

Volvió a besarla hasta quedar sin respiración, sintiendo que ella temblaba de pasión.

Escucharon un ruido y ella se soltó bruscamente. Elliot la empujó de manera discreta hacia el tocador de damas, notando que ella estaba desorientada.

Caminó Nellie sin prisa, como una sonámbula, situándose pronto en la zona iluminada del amplio pasillo.

Charles Ramsay asomó la cabeza y la estuvo contemplando. Lo acompañaba un ser que renqueaba al andar, de buena estatura y con el rostro desfigurado por profundas cicatrices.

Tenía la mirada viva; se advertía en él inteligencia y malignidad. El desconocido, según la impresión que recibió Parker, trataba de distraer con su conversación a Ramsay.

Parker se pegó materialmente a la pared en su oscuro rincón, dispuesto a evitar que Ramsay le descubriese.

Cuando Ramsay se retiró, Parker cruzó rápido para salir al comedor por otra puerta diferente.

Observó que los dos perros guardianes que Ramsay había puesto a Nellie, se mostraban inquietos buscando con sus miradas a la joven.

Una vez en el comedor se dio cuenta de que el acompañante de Ramsay le miraba con expresión que reflejaba malignidad e ironía; dando la impresión de que estaba al tanto, o poco menos, de lo sucedido entre Nellie y él.

Volvió a encontrarse el joven con Nancy Winter, la cual le sonrió con expresión de picardía. Se acercó a él y le dijo al oído:

—Parker, no pierdes el tiempo, amigo; y sabes bien a dónde te arrimas. Pero yo no sé nada. Sin embargo, ten cuidado, pues no he

sido la única que ha visto o al menos ha sospechado.

—Gracias por tu aviso y tu discreción...

—No tienes nada que agradecer. Algún día me pagarás en la misma moneda.

—¿Quién es ese fulano que acompaña a Ramsy?

—Un alma retorcida. Y él se ha dado cuenta de todo. Es el secretario de Ramsay. Se llama Willy Johnes y hubiese sido un buen actor; pero sufrió un accidente del cual ya puedes ver cómo ha quedado...

—Lamentable...

—Justamente, lamentable. Ese fulano es veneno puro. Dicen que Ramsay tuvo la culpa del accidente. Y él odia a Ramsay aunque procura disimularlo. A fin de cuentas, si gana dinero es gracias a Ramsay que no lo abandonó después de su desgraciado accidente.

—Gracias, Nancy.

—De nada, muchacho. Cuídate. Hay en ti algo que impresiona. Y eso te atraerá muchas envidias...

CAPÍTULO VI

Parker no erró en sus presunciones.

Dejó su automóvil a prudencial distancia del chalet en que residía Nellie y se acercó a éste paseando, como un trasnochador a quien no le importa demasiado el camino por donde va.

Desde el exterior de la verja, Parker vio luz en una de las piezas de la planta baja del pequeño edificio.

Y supuso que correspondería a un gabinete de lectura o a la alcoba de la sugestiva actriz.

Hacía una temperatura magnífica y Parker pudo descubrir a los dos gorilas, guardianes de la joven, que se hallaban en mangas de camisa, jugando a los naipes en un pequeño cenador situado estratégicamente en el jardín.

Desde el cenador los dos hombres podían mantener bajo su vigilancia la verja de entrada al jardín, la entrada al chalet propiamente dicho, y la ventana que se hallaba iluminada, así como las otras situadas en la misma línea.

Parker consultó la hora en su reloj. Faltaban cerca de veinte minutos para las dos y media, hora a la que según había anunciado a Nellie la visitaría.

El joven dio la vuelta casi completa al chalet hasta descubrir un punto por el cual aunque con ciertas dificultades podría saltar la verja.

No ignoraba que aquello era un allanamiento y que si le sorprendían podía tener un serio tropiezo.

A pesar de ello no vaciló y minutos después, con todo lujo de precauciones, se dejaba caer en el interior del jardín.

Una vez dentro se escurrió materialmente, caminando sobre las puntas de los pies, escondiéndose entre los macizos de flores,

eludiendo hábilmente los lugares en que podía ser visto desde el invernadero.

A pesar de ello, en un momento dado, los dos gorilas suspendieron la partida y uno de ellos asomó, la cabeza fuera del cenador, oteando en todas direcciones.

Elliot pudo distinguir desde donde se escondió, que la ventana iluminada estaba entreabierta.

Hubo de mantenerse inmóvil durante un par de minutos, hasta que el gorila, satisfecho al parecer, de su inspección, volvió a reunirse con su compañero para reanudar la interrumpida partida.

Parker miró con ansiedad para la ventana y volvió a consultar la hora en su reloj. Faltaban dos minutos para la hora que había señalado a Nellie.

—¿Me estará aguardando? —se preguntó con más ansiedad de la que él mismo pudiese haber imaginado, olvidándose del motivo real de su visita.

A causa de la iluminación de la ventana, resultaba difícil llegar hasta ella sin ser visto por los dos guardianes.

Y Elliot llegó a temer que la sugestiva rubia se estaba burlando de él.

Segundos después se apagó la luz.

Parker, sin vacilar un solo instante, salvó la distancia que le separaba de su escondite para llegar hasta el pie de la ventana.

Quedaba a la vista del cenador, pero le protegía la falta de luz en que había quedado sumido el lugar.

Parker, lentamente, para no llamar la atención de los del cenador con su movimiento, se levantó sin hacer ruido alguno. Y con suma habilidad se deslizó al interior de la habitación que no hacía mucho estaba iluminada y que se hallaba cubierta por tupidos visillos.

Cayó hábilmente, sin estrépito, quedando a cuatro patas.

Y sin saber de dónde llegaba, percibió en su nuca el frío contacto con la boca de fuego de una pistola.

Temió haber caído en una trampa. Por un momento llegó a pensar que su desconocido comunicante le había llevado a aquella situación para liquidarlo de manera justificada y poder apoderarse impunemente, sin temor a reclamaciones posteriores, de su invento.

A pesar de tales pensamientos, giró la cabeza lentamente hasta

descubrir a la persona que le amenazaba con el arma.

Y sonrió con expresión de alivio al descubrir que era Nellie, la cual se había escondido manteniéndose bien pegada a la pared, muy cerca de la ventana.

La explosiva estrella vestía ceñidos pantalones de tejido muy fino, y una blusa holgada, casi transparente, que dejaba ver la maravilla de su bella silueta.

No se intimidó Parker por el recibimiento que le hacía ella y giró, adelantando ligeramente la cabeza hasta llegar a morderle suavemente en una pierna a la altura de los tobillos, sorprendiendo a la rubia que dio un respingo.

Hubo de ahogar ella un grito, diciendo a poco con expresión suplicante:

—¡Por favor, no te levantes! Los perros vigilan...

—Ya los he visto. No te preocupes. Están jugando a los naipes. Si tu salvación dependiese de la vigilancia de ellos, estabas arreglada.

La asió por una pierna y la sorprendió, tirando de ella para hacerla caer junto a él, deteniendo Parker la caída de la rubia con sus brazos, entre los cuales quedó.

La abrazó estrechamente, besándola de manera apasionada.

Volvió Nellie a resistirse en principio para dejarse llevar luego, correspondiendo ardientemente a la caricia del joven.

En un momento dado las manos de él se deslizaron con cierto atrevimiento y ella interpuso la pistola.

Amenazó con voz queda, pero que revelaba firmeza:

—¡Quieto! ¡Quieto o disparo!

Parker no mostró la mínima intranquilidad; pero la soltó y le respondió:

—Sé que no dispararías; pero se ha roto el encanto...

—Resultas demasiado atrevido y yo muy confiada. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Elliot Parker.

Habían quedado sentados en el suelo, muy cerca el uno del otro. Elliot percibía el aliento perfumado de ella y no tuvo más que alargar el cuello para besarla otra vez.

—Eres un encanto de chica.

—No me entiendo, ésa es la verdad. Resulta particular que estés aquí a esta hora cuando ni siquiera sé quién eres.

—Soy ingeniero. He inventado algo de, importancia, pero me trajo muchos sinsabores. Y ahora soy un principiante que ha actuado en papeles sin importancia en unas películas.

—¿En dónde?

—En la «Klang Film»...

—Podrías haber resultado un indeseable. Abundan mucho.

—Hasta cierto modo lo soy. A la fuerza, pero lo soy.

Intentó hablar Parker en tonillo frívolo, pero no pudo lograrlo. Y la explosiva rubia, comprendiendo que no mentía, se levantó de un salto e intentó escapar, pero se vio detenida por Elliot.

—Es inútil, nena, no tienes escape. El que lograses huir ahora no resolvería la situación.

—Sabes muy bien que puedo llamar; y esos dos no vacilarían en matarte. Están furiosos contra ti. No han sido capaces de encajar la paliza que les diste...

—No es fácil matarme...

—Ellos tendrían ventaja sobre ti. Has allanado mi morada y la razón estaría de parte de ellos...

—Olvidemos la razón y escucha... Puedes creer que lamento más que nada verme obligado a actuar en contra tuya.

La rubia había pasado del apasionamiento un tanto medroso a una actitud fríamente despectiva que dolió al joven, el cual se hizo el ánimo de desenmascarar cuanto antes al chantajista desconocido.

Intentó Nellie levantar la pistola para echar al que comenzaba a considerar un intruso; pero lo hizo sin gran convencimiento y al joven le resultó fácil desviar el arma.

—No debes intentar disparar. Los agujeros de bala no me van nada bien. Los que se dedican a las modas masculinas aseguran que no se llevan nada esta temporada y yo soy un esclavo de la moda.

El humor de Parker resultaba amargo y no logró hacer sonreír a la espléndida rubia.

—¿Chantaj? —preguntó ella experimentando mayor congoja de la que hubiese podido imaginar.

—Sí...

—¡Vaya, por dónde nos salió! —exclamó ella claramente decepcionada.

—No me he podido habituar aún al nombre. Lo encuentro duro y falto de dignidad —expresó Parker seriamente.

—Es indigno —dijo fríamente Nellie—. ¿De qué se trata?

—Hay tiempo para todo —dijo Parker acortando distancias.

—No intentes acercarte. Creó que te destrozaría aunque me sucediese luego lo peor. Te confieso que eres el primer hombre que había llegado a interesarme de verdad...

Había en Nellie algo de salvaje, algo que gustó extraordinariamente a Parker.

—¿Te sorprenderá si te digo que me gusta que seas así, dura, arisca conmigo? —preguntó el joven.

—No soy dura contigo sino con tu indignidad...

Señaló la rubia una breve pausa, suspiró y siguió diciendo:

—Ahora ya no me sorprende nada. Esperaba de ti cualquier audacia y me había prevenido, habría luchado aunque al final me hubieses vencido. Pero lo que no podía esperar era una indignidad. Me has dejado fría.

—Lo siento... Y gracias por tu franqueza, Nellie. Comprendo que me ha traído a tu lado una indignidad; pero te aseguro que cuando te he visto esta tarde no sabía que iba a tener que actuar contra ti y me impresionaste fuertemente, hasta el punto de que estaba dispuesto a buscarte.

—Palabras... Queda en pie entre los dos el fantasma del chantaje...

—De acuerdo. ¿Y qué? En vuestra colonia cinematográfica se hace un arma del chantaje y todos lo admiten. ¿Qué hace Charles Ramsay contigo? Chantaje, puro chantaje. O te sometes a él o te hundirá...

Nellie dio un respingo y respondió airadamente:

—¡Oye! ¡No irás a creer...!

—No creo nada. Si te considerase indigna no me habría enamorado de ti ni me dolería ahora verme obligado a actuar de esta sucia manera.

Señaló el joven un gesto de ira y siguió diciendo:

—Ramsay espera casarse contigo; te mantiene prisionera. Es la condición para que te eleve. Has de ser para él. ¿Qué importa que sea por medio del matrimonio? De él o de nadie. ¿Es o no un chantaje? ¿Se lo echas en cara?

Nellie permaneció silenciosa comprendiendo que en el fondo, Parker tenía razón.

Al no obtener respuesta, se respondió a sí mismo, diciendo:

—No se lo echas en cara porque no te conviene. Y te sometes cuando te sería fácil librarte del chantaje. Bastaría con que renunciases a tu carrera, a tus ambiciones, al lujo que te rodea...

Parker habló atropelladamente, comenzando a ser nuevamente dueño de sus ideas.

Nellie se sintió humillada por las irrefutables razones del ingeniero y exclamó a media voz, para no correr el riesgo de ser escuchada por los dos guardianes:

—¡Está bien! Escupe ya de una vez lo que sea y lárgate.

—Cuidado, muñeca, no me hables así porque lo mismo que te he acariciado, te destrozaría.

Lo dijo con salvaje entonación que revelaba la pasión que sentía el joven, quien logró impresionar a Nellie.

No obstante, ella no dejó traslucir su emoción y dijo desafiadora:

—Destrózame. Es lo tuyo, ¿no?

—Te equivocas. Si tuviese los cinco mil dólares que exigen, los pagaría yo y tú no habrías llegado a enterarte, no sabrías nada del chantaje. Pero a mí me robaron hace meses y no tengo ese dinero, ni mucho menos.

—¿Quieres decir que el chantaje no es cosa tuya?

—Exactamente. He tenido que ser elegido entre toda la gente joven que pulula alrededor de los estudios cinematográficos. El «jefe» quiere un hombre joven, de puños sólidos, no señalado por el delito, audaz y atractivo con las chicas. Y por lo visto, ése soy yo.

—La verdad es que no sé si reírme o disparar en contra tuya.

—Puedes hacer lo que quieras —respondió Parker de mala gana. Pero rectificó inmediatamente para decir:

—¡Bueno, no! No te permitiré que dispires...

Y para quitar la tentación a la rubia, la desposeyó de la pistola.

Ella dijo en tono hiriente:

—Apenas si te darán un par de dólares por ella. Está estropeada.

—A veces me han hecho falta para comer, y no por eso he robado.

Tras un silencio tenso, dijo suavemente:

—Lo lamento de verdad; pero alguien me tiene entre sus manos. Me han sorprendido y me acusarían del asesinato de Harry Benson. Ese maldito chantajista ha sido asesinado con mi pistola. En ella

están mis huellas. Y lo malo es que me vieron por la oficina de Benson aproximadamente a la hora en que fue asesinado...

—He leído la Prensa —respondió Nellie, interesada—. A la hora que mataron a Benson estabas tú en el bar de Marino...

—Fui allí rápidamente para establecer una coartada. Y el encuentro con tu gente me sirvió de mucho, pues así se fijó la gente en mí y tendría bastantes testigos a mi favor.

—Eso quiere decir que te he ayudado... Para luego llevarme contigo la mayor desilusión de mi vida.

—Ya te he dicho que no tengo culpa. Han jugado conmigo de manera indigna.

—Y tú te has sometido sin lucha.

—No me he sometido; pero tengo que ganar tiempo para desenmascararlos. Y he de entregarle los cinco mil dólares que pide por lo tuyo.

A continuación Parker hizo a Nellie un relato de lo sucedido.

Cuando él hubo terminado, dijo la rubia, como si se tratase de un negocio normal:

—Veamos lo del chantaje.

Parker sacó las fotografías y las fue exponiendo ante las miradas de viva curiosidad de Nellie.

Cuando las hubo visto exclamó:

—¡Son estupendas, Elliot!

Lo había, llamado por su nombre de pila por primera vez y pareció olvidada de su enfado.

—Entonces, ¿te las quedas?

—¡Ni hablar de eso! No dejaré que me hagan chantaje...

—Me bastarían cuatro mil doscientos dólares. No quiero mi comisión. Y pondría de mi bolsillo trescientos dólares que tengo ahorrados.

—No...

—¡Se trata de tapparle la boca al fulano ése! Estoy seguro de que lo podré cazar y te podré devolver ese dinero.

—Me alegra que renuncies a tu parte y que estés dispuesto a ayudarme a pagar. Pero no pienso dar tampoco esos cuatro mil doscientos.

Volvió a mirar las fotografías, rió regocijada y dijo de manera exaltada:

—¡Que de las fotografías a la publicidad! ¡Será estupendo! Ya estoy harta de la publicidad estúpida que me hacen. Quiero ser una chica como otra cualquiera, ¿comprendes?

—¿Te has vuelto loca?

—¡Que las publiquen! Que Ramsay, que Paul Stuart, se vayan al diablo. Antes tenías razón cuando me acusabas de aceptar un chantaje...

—Pero esto es diferente...

—¿Por qué? Rebélate también tú contra el chantaje, lucha, aplástale la cabeza a ese granuja.

—Es lo que pretendo...

—Lucha de cara...

—Con gentuza de esa calaña es imposible. ¿No lo comprendes?

—Estoy harta de chantajes. Todo o casi todo es chantaje en esta maldita ciudad. Antes tenías razón... ¡Que publiquen las fotos! Que publiquen también que esta madrugada estuvo un hombre en mi alcoba y que no chillé cuando lo vi entrar por la ventana. Que digan que lo estaba esperando con miedo y con ansia a la vez. ¡Es la verdad!

—¡No seas absurda! Te has vuelto loca. Debes luchar contra el chantaje, pero con sentido común. Me tienes a tu lado. Pero debes ayudarme a desenmascarar a ese escarabajo. Y lo aplastaré, te lo aseguro.

—¡Que se meta conmigo si se atreve! Esos granujas pueden hacer chantaje porque la gente se somete. Que publique las fotografías y lograremos desenmascararlo siguiéndole la pista a las mismas.

—No sabes lo que dices. Antes de que pudieses declarar contra él o contra ellos, te asesinarían...

—No les tengo miedo. ¡Y cuando no se les tiene miedo, se termina el chantaje!

—Como quieras. Si tú no das el dinero, me enviarán a Ramsay; pero a él le pedirán el doble.

—Si es tan cobarde como para soltar la pasta, que lo haga. ¡Y entonces me exhibiré desnuda en medio de la calle! ¡Y que pague la multa también o que me deje tranquila!

Cada vez más exaltada, Nellie se iba saliendo del tono normal y Elliot llegó a temer que acudiesen los gorilas.

Parker intentó taponarle la boca, pero ella se desasosó y encendió la luz, no resultando difícil que se la pudiese ver desde el exterior.

—¿Por qué no envías tu «jefe» ahora a los fotógrafos? ¿No crees que sería estupendo? La actriz de moda, perseguida en su propia alcoba por un desconocido audaz.

Se arrancó la blusa y gritó:

—¡Socorro! ¡A mí!

Al escuchar su voz, se asustó y guardó silencio, mirando a Parker con expresión que reflejaba miedo.

Entonces suplicó:

—¡Vete, vete propio, Elliot! Ellos te matarán si no te vas. Es la orden que tienen...

Lo empujó hacia la ventana, obligándolo a saltar por ella.

—¡De dinero, nada! Díselo a tu «jefe».

Había vuelto a sentirse excitada, perdido el dominio de sus nervios ante su fracaso que comenzaba a ver claro.

Parker saltó ágilmente. Había recogido las fotografías que se había apresurado a guardar en la cartera de cuero.

Una vez en el jardín vio a los gorilas que salían del cenador cuando ya había atravesado la zona más peligrosa.

Aún contando con ello, la salida le resultaría difícil.

Apretó la cartera debajo del brazo izquierdo y corrió en dirección a la verja cuya puerta principal había visto entreabierta.

Parker se había provisto de una pistola, la cual empuñó dispuesto a defender su vida.

Nellie se rehízo pronto y al darse cuenta de que había colocado a Elliot en una peligrosa situación, llamó, para atraer sobre ella la atención de sus dos guardianes.

—¡Harper, Robson! ¡A mí! ¡Aquí, ladrones!

Los dos gorilas corrieron en dirección a la ventana desde la cual les llamaba Nellie.

Parker, en tanto, se escurrió hacia la puerta de salida, llegando a un par de yardas de ella.

Fue descubierto entonces por Robson, el cual disparó su pistola sobre el fugitivo.

Y Parker percibió el silbido de la bala, que le abanicó las narices para ir a morir en la piedra.

Hizo fuego a su vez, dos veces consecutivas, con ánimo de

asustar a los gorilas, que se hubieron de arrojar al suelo.

Ganó la puerta de un salto, abrió el espacio suficiente para que pasara su cuerpo y se escurrió, agachándose rápido en el momento en que los dos gorilas tiraban. Y las balas rebotaron en los hierros de la puerta.

Los dos guardianes se levantaron como un solo hombre e intentaron acercarse al joven, pero los disparos consecutivos que hizo éste los obligaron a echarse al suelo de nuevo.

Corrió Parker hasta donde había dejado su automóvil. Había contado con la eventualidad de tener que salir disparado y lo había dejado todo preparado para tener a su favor el máximo de posibilidades.

Instantes después se alejaba a toda velocidad, antes de que se produjese la alarma entre la policía del distrito.

Nellie, fingiendo indignación, llamó a los guardianes.

—Afortunadamente no ha sucedido nada; ¡pero sí que puede una confiar en ustedes! Procuren vigilar mejor en lo sucesivo. En esta ocasión no diré nada al señor Ramsay; sin embargo, de volver a suceder algo semejante, perderán su empleo...

Los dos gorilas se retiraron cariacontecidos. Ellos no habían podido reconocer a Parker y tuvieron que aguantar el chaparrón.

CAPÍTULO VII

Parker despertó sobresaltado. Dirigió su mano para detener el timbre del despertador y cuando tuvo éste en sus manos se dio cuenta de que era el teléfono el que llamaba.

Saltó de la cama para llegar hasta la mesita ratona en donde estaba el molesto e improvisado despertador.

—Aquí, Parker —anunció una vez tuvo el aparato telefónico colocado adecuadamente.

—¿Parece que fracasó? —preguntó el chantajista a guisa de saludo, dando la impresión de que la cosa le divertía.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el joven.

—Lo sé y basta. Soy yo quien tiene derecho a hacer preguntas.

—Está bien, fracasé. Podía haber llamado a otra hora, ¿no?

—Es hora de levantarse...

Parker interrumpió para decir:

—Me va a permitir que sea yo quien determine cuáles deben ser mis horas de acostarme o levantarme.

—Ha fracasado y debe ponerse en campaña rápidamente. Debo tener resuelto el caso para el fin de semana...

—Está bien. Pero uno tiene derecho a descansar, ¿no? —preguntó el joven, deseoso de hacer hablar al chantajista, de ir conociendo sus reacciones para tratar de localizarlo.

Estaba convencido Parker de que el granuja pertenecía al círculo cinematográfico y confiaba en que un trabajo bien realizado y su intuición de inventor, le ayudarían.

—Ya ha descansado bastante. Total, le he despertado veinte minutos antes de su hora habitual.

—¡Diablos! Ignoraba que conociese usted mis hábitos.

—Pues los conozco. Sé muchas cosas...

—¿Y sabe por qué fracasé? —preguntó el joven con ironía.

—No. Y ése es uno de los motivos por los cuales le he llamado. Quiero saberlo.

—Quien le dio la noticia de que fracasé, podía haberle dicho también cuáles habían sido las causas de mi fracaso —señaló Parker.

—No ha sido así. Suelte lo que haya...

—Está bien, escarabajo, lo soltaré. La chica encontró las fotos estupendas —informó Parker—. Dijo que le gustará verlas publicadas. Y si hubiese estado allí el fotógrafo que las consiguió, lo habría felicitado.

—¿Es que se está burlando de mí? —preguntó el chantajista.

—Nada de eso. Es como le digo. La chica está harta de la publicidad estúpida que le hacen. No me extraña que sea idiota, pues está orientada por el cretino de Ramsay y por otro cretino aún mayor...

—¡No me diga!

—Pues sí le digo. Parece que se trata del secretario de Ramsay. ¿Lo conoce? —preguntó el joven.

A oídos de Parker llegó un leve bufido. Y la respuesta tardó en llegar, recibiendo el ingeniero la impresión de que su comunicante había tenido que realizar un esfuerzo para contenerse.

—Sí, le conozco —respondió al fin.

—Se trata de un fulano contrahecho, resentido, estampa de la envidia y la malignidad...

—¿Lo conoce usted? —preguntó el chantajista.

—Sí. Y tengo la sensación de que anoche me espiaba, como si sospechase de mí...

Señaló Parker una breve pausa y siguió diciendo:

—Parece que él era actor, pero un accidente lo dejó medio destrozado, tal como es ahora. Y según se dice, Charles Ramsay no fue ajeno al accidente. ¿Ha oído algo sobre esa cuestión? —preguntó Parker.

—Estoy enterado de muchas historias. Eso es una de las que tengo en carpeta...

—Dicen que Ramsay odia a su secretario aunque se ignora la causa. Y su secretario le paga en la misma moneda, aunque la cosa por esta parte está justificada. Y dicen también que terminarán

destrozándose.

—¿Por cuál apuesta, Parker? —preguntó el chantajista con voz sombría.

—Por el contrahecho. Ramsay no le conoce bien a él; y en cambio él se sabe de memoria todas las debilidades de Ramsay.

Tardó en llegar la respuesta del chantajista, quien dijo al fin:

—Estoy de acuerdo con usted, Parker. Pero vamos ahora a lo que nos interesa.

—Veamos eso.

—Realizará usted un nuevo intento con la chica —ordenó el misterioso personaje.

—De acuerdo. Aunque doy por descontado el fracaso.

—Si fracasa se dirigirá a Ramsay y le exigirá diez mil pavos si no quiere que las fotos de su «amada» sean la comidilla, no solamente de Hollywood, sino de medio mundo.

—¿Qué pretende? ¿Sacarle los diez mil dólares a Ramsay o darle el disgusto que significarán para él las fotografías?

—Actúe y no pregunte...

—Tengo derecho a saber. Es mi vida la que se arriesga. Ramsay me hará asesinar. Lo intentó con su secretario, ya lo sabe. Me refiero al tal Willy Johnes.

—Haga lo que le digo y ahórrese comentarios —habló el comunicante con cierta dureza—. De lo contrario la policía encontrará en su apartamento el revólver con el que fue asesinado Benson. Tal revólver es suyo y lleva sus huellas porque alguien se encargó de señalarlas mientras usted estaba fuera de combate.

—¿Y si desobedezco? —preguntó Parker, dando la impresión de que no daba demasiada importancia a la actitud de su comunicante.

—No intente burlarse de mí, Parker. Se encargaría de usted la cámara de gas y resulta bastante peor que enfrentarse con los pistoleros de Ramsay. Si se enfrenta con éste tendrá más probabilidades que si cae en manos del aparato de justicia de nuestro Estado.

—No son demasiadas...

Dio la impresión Parker, de manera premeditada, de hallarse desmoralizado por las amenazas que le rodeaban estrechando un mortal círculo en torno a su persona.

El chantajista se consideró entonces obligado a animarlo y dijo,

deponiendo su actitud amenazadora:

—Usted sabe luchar. Y yo estoy dispuesto a defenderlo, a protegerlo... Siempre que me obedezca, naturalmente.

—Me emociona vivamente ese interés que siente por mí, «jefe». Y ahora, déjeme tranquilo. Tengo que ir a trabajar.

—Le dejo tranquilo. Pero entrevístese con la señorita Cassel hoy mismo y que quede claro lo que a ella se refiere...

—Está claro ya. No soltaré un centavo...

—Inténtelo otra vez.

Tras breve pausa, siguió diciendo el desconocido:

—Usted terminará hoy su trabajo alrededor de las once. Aunque se hayan de repetir algunos de los pianos, puede terminar a las doce. Aún le queda tiempo para visitar a la señorita Cassel en los estudios.

—¿Cree que me dejarán entrar?

—Inténtelo. Usted es hombre de recursos...

—¿No podría proporcionarme una invitación? —preguntó Parker, tratando de buscar cualquier pista que le permitiese ir dibujando la personalidad del chantajista.

—Si lo que intenta es identificarme, Parker, no pierda el tiempo. No le ofreceré el resquicio que busca; pero si llegase a encontrarlo, sería lo último de su vida. Es mejor que obedezca sin querer saber más de lo debido.

—Si las cosas salen mal, no será por mi culpa «jefe». Yo habré hecho lo posible...

—No se haga el flojo ahora; le conozco mejor de lo que supone. Puede valerse de Nancy Winter para entrar en los estudios. Apenas lo anuncien, ella le recibirá. Está entusiasmada con usted...

—¡No me diga!

—Es usted un hombre de suerte. Gracias a mí no tardará en ser una figura en nuestra colonia cinematográfica. Y el niño mimado de las mujeres de Hollywood.

—No me fastidie, escarabajo. No crea que por halagarme voy a resolver mejor las cosas...

—Cuidado con esa palabra que me ha dedicado...

—Tengo la impresión de que debe parecerse usted a un escarabajo renqueante, «jefe». ¿Qué le vamos a hacer?

Siguió un silencio tenso. El chantajista bufó al fin mientras

Parker se sentía divertido.

—¿Vamos a dejar eso? Le conviene, Parker. Jamás nadie ha osado insultarme como lo está haciendo usted.

—A veces soy atrevido, «jefe». Usted parecía satisfecho de ello...

—Será mejor que me refiera lo sucedido entre usted y la señorita Cassel. Y olvidemos su tontería...

—Está bien, «jefe», no se enfade. Yo veo las cosas así. ¿Qué le voy a hacer? Ahora, escuche...

Parker hizo un relato, a su manera de lo sucedido entre él y Nellie en los dos encuentros habidos, omitiendo, como es natural, lo que se refería a la parte amorosa de las entrevistas.

Cuando terminó, dijo el desconocido con evidente satisfacción:

—No se le puede culpar del fracaso. Y creo que usted triunfará. Ahora no le molesto más. Esta tarde volveré a llamarle para que me informe del estado de las gestiones.

—Okey, jefe; hasta entonces.

Elliot cortó la comunicación sin aguardar a que lo hiciese su comunicante.

El joven ingeniero se sentía bastante satisfecho de su actuación. Se frotó las manos y dijo:

—Puede que me equivoque, pero no tardaré en localizarlo. No hay duda de que pertenece a la colonia cinematográfica desde hace bastante tiempo. Y que está bien metido y relacionado en ella... ¿Quién puede ser...?

Terminada su conferencia comenzó a vestirse apresuradamente. Tenía el tiempo justo si quería llegar con puntualidad al estudio.

Parker no podía menos de sentirse optimista.

Parker, tan pronto hubo terminado su trabajo, se dirigió a los estudios en que trabajaban Nellie Cassel y Sancy Winter.

Tal como le había dicho el chantajista, apenas se hizo anunciar a Nancy Winter, ésta dio orden de que entrase al plato en donde ella se hallaba trabajando.

El joven se sintió centro de la curiosidad de mucha gente del mundillo cinematográfico y de la envidia de unos cuantos.

No le extrañó, pues había visto publicada en la Prensa una fotografía con escandalosos titulares, en la que aparecía abrazado a Nancy Winter.

La sugestiva Nancy lo recibió cariñosamente, invitándole a que

fuese a verla con frecuencia.

Tras una breve entrevista entre plano y plano de la película que la mujer estaba filmando, quedó de acuerdo con ella para almorzar juntos después del trabajo.

Y el joven quedó por el momento en libertad para buscar a Nellie, a la cual no tardó en encontrar, aunque siempre bajo la molesta vigilancia de los dos gorilas a los que había vapuleado en el bar de Steve Marino.

Pese a la actitud amenazadora de ellos, Parker llegó hasta donde estaba Nellie, en un descanso, y le dijo con apasionada entonación:

—Sigo estando loco por tus huesos y por todo lo que los rodea. ¿Qué hay de esos cuatro mil doscientos?

—¡No te quiero ver, farsante! Di a ese escarabajo que veré con gusto el que entregue mis fotos a la publicidad, si es que quiere sacar algo de ellas. Por mi parte me encargaré de que Ramsay no suelte nada...

—Tienes alma de esclava y no quieres ayudarme a que te liberte. Lo siento por ti, rubia...

Harper y Robson avanzaron en dirección a Parker, como ya lo hicieran cuando su primer encuentro, pero con algo más de precaución.

El primero de ellos dijo en tono áspero al ingeniero:

—Deje a la chica y lárguese cuanto antes, muchacho.

Parker no se dejó intimidar y respondió:

—No tengo que daros cuenta de si me acerco o no a la chica. Y dejadme en paz porque a la próxima no saldréis tan bien librados. Os romperé la cabeza.

—¿Quiere ver cómo lo echamos de mala manera? —preguntó el mismo que había hablado.

—Intentadlo —respondió desafiadoramente el joven.

Se miraron asombrados por la audacia de Parker; y se sintieron un tanto intimidados por su firmeza.

Dentro de la inmensidad de los estudios, en los que se estaban rodando cinco películas a la vez y estaban preparados los escenarios de otras tantas, con personal, técnicos y artistas que iban de un lado para otro, Nellie, Elliot y los dos gorilas pasaban inadvertidos en un lugar apartado donde se hallaban los camerinos de algunas de las artistas.

Antes de que nadie pudiese acudir en auxilio de Parker, los dos pistoleros de Ramsay tenían tiempo más que sobrado para, aplastarlo.

Uno de ellos se aseguró que el escenario de una de las películas los cubriría de miradas indiscretas y dijo al otro:

—Píllalo por ese lado que yo entro por el otro...

—Adelante...

Nellie vaciló entre si debía intervenir o no. Le gustaba Elliot, su arrogancia; y esto mismo le fastidiaba hasta el punto de que hubiera deseado que le hubiesen dado una buena lección.

Los dos gorilas avanzaron cada uno por un lado.

En Nellie volvieron a producirse las mismas dudas.

Y Elliot atacó de pronto, desplazándose con rapidez para cargar contra el fulano que tenía más próximo.

Lo sorprendió asestándole un puntapié en una pierna; y cuando el otro saltó a causa del dolor, lo atacó con un potente golpe cruzado de derecha que al pillar al pistolero en el aire, lo derribó sin sentido, de manera aparatosa.

El otro pistolero se detuvo sorprendido al ver lo rápidamente que había sido derrotado su compinche. Temió que su integridad iba a salir muy malparada, y a la desesperada, echó mano a la pistola que llevaba en una funda colocada bajo la axila.

Nellie gritó temiendo que iba a suceder lo peor.

En cuanto a Elliot, saltó como un tigre, no dando tiempo a que el pistolero terminase de desenfundar el arma.

Chocó la cabeza de Parker en la barriga del gorila y éste fue desplazado con violencia, viéndose obligado a soltar el arma a consecuencia del choque.

Rodó Parker como pudiera haberlo hecho el más consumado gimnasta y quedó en pie inmediatamente frente a su enemigo, que se doblaba hacia adelante, boqueando a causa del golpe recibido.

Y el puño derecho de Parker volvió a silbar en el aire para ir a estrellarse en la barbilla del pistolero que se estremeció al impacto, cayendo como un saco que revienta y pierde parte de su contenido.

El vencedor se volvió sonriente para encontrarse con la angustiada expresión de Nellie.

—El vencedor bien merece un premio.

Adelantó rápido antes de que ella pudiese pensar lo que él iba a

llevar a cabo.

Y el joven tomó de un brazo a Nellie, atrayéndola hacia sí para abrazarla estrechamente, besándola de manera apasionada.

En aquella ocasión Nellie no intentó resistirse y aunque tomó parte en la caricia quiso dar la sensación de que se mostraba indiferente.

—Eres una chica sabrosa, un digno premio para un campeón como yo —dijo el ingeniero en tonillo entre burlón y frívolo, cuando dejó a la chica.

—No me has hecho nada de gracia —dijo Nellie, reponiéndose, intentando mostrarse fría.

—Tal vez sea porque yo no tengo pinta de oso como Ramsay o de gorila como estos dos, y tú seas una enamorada del «zoo».

—Me fastidia tu desbordante ingenio.

—No tengo otra cosa, Nellie. Puños y algo de ingenio. A poco que me ayudes podríamos cazar al chantajista y té libraría después de ese sapo repulsivo de Ramsay...

—Déjame tranquila, no me sirves. Tú no dejas de ser un chantajista sometido a otro chantajista...

—Si ves de verdad las cosas así, es mejor que no discutamos. ¿Para qué? Lucharé solo y cuando venza, te ofreceré mi victoria. Si caigo en la lucha, espero que aunque solamente sea una vez al año, lleves flores a mi tumba.

Parker se hubiese marchado, pero no quería volver la espalda a los dos gorilas para que quedara bien sentado que no les temía.

Se levantó primero Harper y le siguió Robson. Se miraron y parecieron dispuestos a reanudar la lucha.

Parker, seguro de sí, llevó la mano a la pistola que llevaba en una funda sobaquera y se dirigió a los dos compinches.

—Al que se mueva de los dos, le enciendo el pelo...

Nellie, por su parte, les ordenó:

—¡Largo de aquí, perros! ¡Largo o le diré a Ramsay que anoche permitieron entrar un ladrón en casa! Y que fue por estar jugando en lugar de vigilar. Y me huelo que él no perdona esas cosas.

—Para estos perros no necesito tu ayuda, Nellie. Me basto y me sobro. Es otra cosa lo que quiero de ti...

Los dos pistoleros rebosaban ira y ganas de terminar con Elliot sin pensar en ulteriores consecuencias, pero la firme actitud de éste,

la evidencia de que les mataría, los frenó.

Se oyó ruido de pisadas. Los dos gorilas miraron en dirección a los que se acercaban y sus expresiones reflejaron alarma.

Momentos después llegaba Charles Ramsay acompañado de Willy Johnes, su secretario, el cual hablaba animadamente; pero guardó silencio al descubrir la presencia de Parker.

Ramsay, aunque intentó disimular sus impresiones, no pudo evitar que su gesto reflejase odio y desconfianza.

Comprendió por la actitud de Harper y Robson que habían sido vapuleados de nuevo y les ordenó fría y severamente:

—Fuera de aquí. Podéis consideraros despedidos.

Se volvió entonces para dirigirse a Elliot. Había logrado dominarse por completo y sonrió.

—Estoy seguro de que le han molestado. Y también de que usted les ha dado su merecido. Mi enhorabuena... Esta clase de fulanos no saben distinguir a las personas —dijo Ramsay.

—No se les puede pedir más a un par de gorilas como ellos —respondió Parker—. Naturalmente no tienen ellos la culpa, sino las personas que los emplean.

Ramsay encajó la andanada sin pestañear, no dándose por aludido mientras Nellie miraba con admiración y asombro a Elliot por la audacia demostrada.

El secretario de Ramsay dijo en tonillo irónico:

—Míster Ramsay ha sido muy aficionado siempre a los perros. Y no termina de escarmentar a pesar de que le han proporcionado ya algunos disgustos.

—Dejemos eso —dijo volviendo a sonreír—, y vamos a lo que importa. Creo que usted es Elliot Parker, ingeniero y aspirante a estrella.

—Exactamente...

—Pero Nancy no me conoce artísticamente. Está impresionada por un servicio de poca importancia que le presté anoche...

Ramsay dijo en tono protector:

—Mire, joven; en Hollywood la calidad artística es lo de menos. Aquí triunfa el que nosotros decidamos que triunfe, artista o no. El físico del actor o la actriz tiene bastante importancia, y según Nancy, usted tiene un físico impresionante.

Tras breve pausa añadió Ramsay en tono malicioso:

—¡Y Nancy entiende mucho en lo que al físico de los hombres se refiere! Ella dice que usted hará suspirar a millones de mujeres de todo el mundo.

Parker estuvo tentado de protestar y responder a Ramsay de manera poco amable, advirtiéndole el fondo de burla que había en las palabras del productor cinematográfico. Pero su instinto le advirtió que debía aprovechar la oportunidad que se le brindaba de entrar en el círculo de actores de que se servía el productor.

El ingeniero respondió en tono humorístico:

—Si Nancy lo dice, por mí no ha de quedar...

—¿Por qué no viene a pasar el fin de semana con nosotros, a mi isla de las Flores? ¿Oyó hablar de ella?

—No...

—Aquello le gustará. Es un islote, en realidad. Está situado entre la isla de San Nicolás y uno de los grupos de las Channel.

—No sé si debo aceptar su amable invitación. No conozco a sus invitados habituales y me encontraré desambientado, me sentiré un poco como un intruso. Willy Johnes intervino para decir:

—Hará bien si no acepta. Aquello es menos agradable de lo que dicen, particularmente ahora que se acercan las tormentas anuales. En cuanto a los invitados del señor Ramsay, son un grupo de resentidos y envidiosos entre los que cualquier día estallará un conflicto grave. Y aquello dejará de ser la isla de las Flores para convertirse en la de los muertos...

Ramsay respondió rápido, con mal contenida cólera:

—Cierra el pico, Willy Johnes. Cualquier día me van a cansar tus intromisiones y seguirás el camino de esos perros...

—¡Le desafío a que lo haga! —exclamó el contrahecho secretario de Ramsay.

—Voy a tener paciencia contigo. No dejas de ser un desgraciado que se habría muerto en una esquina si yo no te hubiese tendido la mano.

Sin dar ocasión a que le respondiese, Ramsay siguió hablando dirigiéndose a Parker, al cual dijo:

—No le haga caso y venga a mi islote. Se relacionará con gente de nuestra colonia cinematográfica. Nancy Winter estará encantada con tenerlo cerca, fuera del alcance de las lenguas viperinas de Hollywood y las plumas más viperinas aún que las lenguas...

—¡Sí! Y por eso ha invitado usted a Beth Coley... Y a Hilda Savaje.

—Beth ayuda hasta cuando lo critica a uno. En cuanto a Hilda, no tiene más remedio que ser de la partida. Va su marido y ella no le dejaría ir solo. Creí que te alegrarías de poder respirar unos días el mismo aire que ella.

Willy Johnes palideció, sus ojos rebosaron de insania y dijo con odio:

—Me alegraría de que el islote se convirtiera en su tumba... ¿Y quién sabe? Me huelo que usted trama algo siniestro, Ramsay...

—No le haga caso, Parker, y venga. Willy es un alma tortuosa y torturada que no ve más que daño, odio y envidia por todas partes. Piense en que Nancy Winter estará allí. También estará Nellie —añadió aludiendo a la sugestiva rubia—. Y en este fin de semana ajustaremos el reparto de una nueva película en la que usted puede tener su gran oportunidad.

—Iré, pese a las prevenciones del señor Johnes. No debo perder mi gran oportunidad —respondió Elliot, dirigiendo a Nellie una mirada significativa.

Ella permaneció obstinadamente silenciosa, dando la impresión de que estaba asustada.

CAPÍTULO VIII

Acababa Elliot de meterse en la cama cuando repiqueteó el avisador del teléfono.

El joven no había vuelto a hablar con el chantajista y esperaba a que éste le llamase de un momento a otro.

No se dio prisa Parker en tomar entre sus manos el tubo microauricular.

—¿Sí? —preguntó.

—Creí que no quería responder a mi llamada.

—Estoy en sus manos y no puedo retroceder —respondió Parker en tonillo burlón—. Acabo de regresar. Y por si le interesa, le diré que he vuelto a fracasar. Ella no está dispuesta a soltar un centavo.

Tras una corta pausa siguió informando al joven:

—La rubia dice que no está dispuesta a mantener escarabajos de su calaña, «jefe». Que puede dar a sus lindas fotografías la publicidad que quiera.

El chantajista bufó, y tardó en responder:

—Si quiero hundirla, la hundiré, por más que Ramsay pretenda mantenerla a flote. Dígaselo a ella cuando la vuelva a ver.

—Me he despedido de ella y lo siento de verdad. La chica me gustaba y por su culpa la pierdo...

—Lo siento, pero las circunstancias se imponen...

—No llore lágrimas de cocodrilo y vamos a lo que importa, escarabajo. Prefiero olvidar el asunto...

—No vuelva a usar esa palabra conmigo, Parker. Terminará por hacerme perder la paciencia...

—Me tiene sin cuidado. Puede chivarse a la policía. Es posible que usted me tenga en sus manos menos de lo que imagina...

—No fanfarronee porque le resultará mal. Terminemos el

negocio y le doy mi palabra de que cuando pague Ramsay, recobrará usted su revólver y con él, su libertad.

—¿Puede fiarse uno de la palabra de un fulano de su calaña?

—Le conviene fiarse, Parker...

—Procure que no le ponga las manos encima, «jefe». Me ha hecho usted mucho daño y lo destrozaría... Y si quiere tener una idea de cómo zurro, pregunte a los fulanos que custodiaban a la rubia. Hoy les volví a zurrar.

—Lo sé. Sé también que Ramsay los ha echado. Y también sé que ellos lo buscan afanosamente para descuartizarlo.

—¿No cree que será algo menos?

—No debe preocuparse por ellos. Me encargaré de ponerlos fuera de combate. Y ahora vamos a preparar su entrevista con Ramsay. Sé que le ha invitado a pasar el fin de semana en su isla de las Flores, como él la llama.

—¿Lo sabe?

—Sí. Procuro enterarme de todo lo que me interesa. Y creo que no debe aceptar usted.

—¿Por qué?

—Ramsay posee una mentalidad tortuosa y le aborrece a usted. No ignora que Nellie se interesa por usted. Sabe bien que el ladrón que penetró anoche en la habitación de ella, fue usted... ¿Qué quiere que le diga? No me extrañaría que le preparase una encerrona que le costase piel.

—¿A mí o a él? —preguntó Parker con expresión de ingenuidad.

—¡Está bien! ¡Estréllese si lo desea!

—¿No tengo que entrevistarme con él para lo del chantaje? ¿Qué mejor lugar que la quietud del islote?

—¿Ha oído de algún cazador que haya ido a desafiar a la fiera a su cubil? —preguntó el chantajista.

—Allí no estaremos solos. Y ya sabe que yo no soy manco...

—Como quiera, Parker. Entrevístese con él allí, haga lo que le parezca. Pero entérese de esto.

—Veamos...

—Todos los años por estas fechas esos islotes se ven azotados por un terrible temporal. No me extrañaría que este fin de semana se prolongase más de la cuenta...

—¿Y qué?

—¿Comprende lo fácil que le resultará a él hacerle asesinar y presentar la cosa como un accidente?

—A veces pienso que usted me pone esos obstáculos para que acepte. Eso, o es que está usted interesado por la rubia y teme que yo me haga con ella después de lo que usted está haciendo por arrancársela a Ramsay.

—¿Cree que es eso lo que pretendo? —preguntó el desconocido.

—Usted odia a Ramsay y por algo que yo ignoro, pretende vengarse de él y sabe que la mejor venganza es quitarle a la rubia. Y como además ella es capaz de conmover a una piedra, no me extrañaría que usted la quisiese para sí...

—Es usted muy listo, Parker. Creo que se pasa...

—No veo claro lo del chantaje, eso es todo...

—Está bien, vaya a la isla, actúe como quiera; pero sáquele los diez mil dólares a Ramsay.

—Eso es ponerse en razón... Supongamos que quedamos aislados en el islote ese. ¿Cómo podré comunicar con usted para que conozca el estado de nuestras negociaciones?

—No se preocupe por eso y déjelo de mi cuenta. Allí hay emisora de radio, hay receptores... Yo poseo también una pequeña emisora. Y en caso de necesidad me pondré en contacto con usted.

Parker preguntó:

—¿Y cómo sabrá que se ha planteado ese caso de necesidad?

—Lo sabré, debe bastarle... —respondió el desconocido, tratando de aparecer tranquilo aunque sin lograrlo del todo.

—Puedo ser yo quien necesite consultar con usted. Pueden surgir complicaciones...

—No se pase de listo, Parker; no va a lograr localizarme, si es eso lo que está intentando. Yo procuraré seguir sus movimientos por medio de mis agentes.

—¿Sus agentes? ¿No será usted uno de los invitados, «jefe»? —preguntó Parker.

La respuesta tardó en llegar; y llegó en tono frío, cortante.

—Tenga cuidado, Parker. Hay quien está criando malvas hace tiempo con menos motivos de los que usted está dando. La curiosidad, cuando se refiere a mí, resulta perniciosa para el que la emplea.

—Okey, «jefe». Después de todo no hago más que defenderme.

Usted tiene la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza; y eso resulta muy molesto.

—En la vida hay muchas cosas que resultan molestas y uno tiene que aguantarse...

Señaló el desconocido una breve pausa y prosiguió en tono totalmente normal ya:

—Ahora le pondré en antecedentes del semillero de odios en donde usted va a caer... Antes que nada debe saber que Charles Ramsay le odia a usted por dos motivos...

—No es demasiado —bromeó Parker.

—No lo tome a broma. Le odia porque se ha dado cuenta de la inclinación de Nellie hacia usted...

—¡Magnífica noticia! Es una chica deliciosa...

—En segundo lugar le odia porque está convencido de que usted robó el archivo de Benson. Y en ese archivo hay cosas graves que se relacionan con el pasado de Ramsay, un pasado nada edificante por cierto.

—Eso resulta menos tranquilizador...

—Luego está el odio que Ramsay siente, achacable a diversas causas, por casi todos sus invitados. Contra Beth Cooley, porque en épocas pasadas se ensañó con él desde la Prensa. Entonces Ramsay usaba su verdadero nombre.

—¡Ya!

—Willy Johnes odia a su vez a Ramsay porque éste es el causante de su estado actual. Y odia también a Hilda Savaje, la actual esposa de Myron Cody, porque ella lo abandonó cuando él sufrió el accidente. La verdad es que el tal Johnes era inaguantable.

—¡Cáscaras! Ese fin de semana es una verdadera invitación a la muerte.

—Justo. El tal Johnes, ese aborrecible desecho físico, odia también a Beth Cooley porque ella le atacó siempre como artista y como hombre... ¡Bueno, a esa pobre periodista la odian todos! Y quien posiblemente la odia más es Hilda Savaje, porque Beth la ha tratado duramente desde su periódico y ha hecho todo lo posible por separar a Myron de Hilda.

—¡Pues sí que me voy a divertir en la isla de las Flores!

—¡Y tanto como se va a divertir! La gente no podrá salir de la casa porque les pillarán la tormenta allí; y entonces se almacenará

odio suficiente para que se produzca la explosión y el islote se convierta en un verdadero cementerio.

—¿Así pues, tendremos allí a la muerte, «jefe»?

El desconocido respondió en plan de advertencia:

—¡Y usted es uno de los seleccionados por la Parca! Si se ve en mala situación, recuerde que yo le aconsejé que se abstuviera de ir. Y tenga la seguridad de que si quedara enterrado allí, yo le llevaría flores cada aniversario a su tumba. Seguramente Nellie me acompañará entonces y los dos lloraremos juntos.

El chantajista rió de manera fríamente burlona.

Y Parker respondió a la risa diciendo fríamente:

—Usted es un resentido y un mal bicho, «jefe». No creo que Nellie se deje acompañar jamás de un escarabajo como usted. Sí, ella dice de usted que es un escarabajo. Y yo tengo su misma opinión...

Antes de que le pudiese responder, el ingeniero cortó la comunicación, dejando descansar el tubo del microauricular sobre la correspondiente horquilla del aparato.

CAPÍTULO IX

Los invitados para pasar el fin de semana en la propiedad de Ramsay, experimentaron no poco asombro cuando el pequeño yate que los conducía entró en la minúscula bahía del islote de las Flores.

Beth Cooley, la periodista de pluma acerada y venenosa, exclamó:

—¿Quién iba a pensar que en este islote existía una linda bahía tan escondida? Hasta que no hemos entrado en ella no había visto la boca.

—Usted es siempre la última en enterarse de todo —respondió irónicamente Willy Johnes, a quien Ramsay había confiado la atención de sus invitados—. No comprendo cómo es periodista... Bien, si «eso» que hace usted es periodismo.

La periodista no se mordió la lengua para responder rápidamente:

—Cierre el pico, Johnes. Usted no deja de ser un criado aunque está entre nosotros. También se consideraba usted actor y a no ser por ese afortunado accidente que sufrió, se habría demostrado muy pronto lo contrario.

—Si no fuese porque tiene usted forma de mujer, le respondería ahora como se merece.

Red Foster, director cinematográfico, hombre muy ponderado, tras dirigir una mirada de reproche a Johnes, se apresuró a intervenir para evitar que se alargase la discusión entre Beth y Johnes.

—¿Dicen que esto fue en tiempos un refugio de piratas? —preguntó.

—Y continúa siéndolo —se apresuró a responder la periodista—.

Los piratas de antes se llamaban Laffite, Jack «el Mestizo», «Barba Negra»... Y los de ahora son Willy Johnes, Charles Ramsay... ¿Y para qué continuar?

—Pero usted viene a divertirse y a vivir el fin de semana a costa de uno de estos piratas —replicó Johnes con viveza.

—¡Cierre el pico, Johnes! En vez de hacer honor a los invitados, que es su obligación, los insulta. Tiene usted el alma más contrahecha que el cuerpo...

—Es una lástima no ser un verdadero pirata —replicó el contrahecho—. La colgaría por los pulgares, la haría azotar y luego la arrojaría al mar, para pasto de tiburones...

Señaló una breve pausa y siguió diciendo:

—¿Pero qué daño me han hecho los tiburones? Si se la merendasen a usted, seguro que se envenenarían...

Lo dijo con hiriente ironía no exenta de gracia, provocando las risas de los restantes pasajeros, y un duro insulto de la periodista, al cual respondió Johnes:

—Siempre se ha distinguido usted por su carencia de educación y de escrúpulos y acaba de, dar una muestra más...

Parker, que se hallaba con la atractiva Nancy Winter, se sintió molesto y se dirigió al secretario de Ramsay, para, decirle:

—No puedo aplaudir a la señorita Cooley. Pero sus respuestas son improcedentes en un hombre, sobre todo, cuando van dirigidas a una mujer. Haga el favor de callar...

El rostro de Johnes reflejó asombro. Y el hombre dijo, a media voz, en tono admirativo:

—¡Diablos, Parker! Usted sabe en dónde le aprieta el zapato. Apenas ha asomado la nariz por nuestro mundo y ya sabe a quiénes se debe arrimar para que le ayuden a subir.

El joven, sin perder la serenidad, adelantó hasta llegar a donde estaba el secretario de Ramsay al cual tomó por la pechera, zarandeándolo ligeramente.

—Cuidado con sus ironías. No me gustaría tener que zurrar a un hombre que está en inferioridad física conmigo; pero cuente que no soy de los que toleran impertinencias.

Don Coleman, el siquiatra amigo de Ramsay y del propio Johnes, y que había atendido en la clínica a Parker, intervino en plan ponderado para pedir:

—Por favor, señores... Siento reconocer que no has estado muy acertado, Willy —terminó dirigiéndose al secretario de Ramsay.

Dirigió el médico luego una mirada al que había sido su paciente, como dándole a entender que tenía razón, pero que no debía violentarse.

El yate había iniciado la maniobra de atraque y los pasajeros se agolparon en las proximidades del portalón en donde iba a ser tendida la plancha para descender a tierra.

El cielo se había cubierto de densos nubarrones, había comenzado a soplar un viento racheado y la lluvia comenzaba a caer ya en gruesos y cálidos goterones mientras el calor comenzaba a resultar agobiante y el aire parecía cargarse de electricidad.

La primera en saltar a tierra tan pronto atracó el yate fue Nellie Cassel, a la cual siguió el amanerado Stuart dando la sensación de que intentaba protegerla.

A Myron Cody le hubiese gustado acompañar a Nellie, pero hubo de resignarse a ayudar a Hilda, su esposa.

Parker fue el acompañante de la sugestiva Nancy Winter, haciendo caso omiso de la pretendida actitud despectiva que Nellie había guardado con él durante todo el viaje.

En el embarcadero, aguardando a sus invitados, se hallaba Ramsay y varios de sus servidores, con paraguas e impermeables para los invitados.

—No hemos tenido suerte, amigos —dijo a guisa de saludo—. Bienvenidos a mi casa. Espero que la encuentren confortable si no tuviésemos la suerte de que el tiempo mejorase.

—¡El tiempo no mejorará y usted lo sabía perfectamente, Ramsay! —exclamó la periodista, saltando a tierra sin ayuda de nadie.

—Usted sigue con su humor de siempre —dijo el dueño de la casa.

—¡Mi venenoso humor, sí! ¿Por qué no termina de decirlo? ¿Acaso no es esto una encerrona?

Ramsay disimuló el desagrado que le producía la actitud de la periodista y dijo sin dejar de sonreír:

—¿Sabe que me preocupa su estado de salud? Menos mal que ha sido invitado también nuestro buen amigo Don Coleman...

Ramsay señaló para el siquiatra que descendía el penúltimo,

seguido por Johnes, que charlaba con él.

—¡No necesito ningún siquiatra, sé bien lo que me digo! —chilló la periodista—. Cuando he visto quiénes éramos los invitados, lo he tenido todo claro...

—Usted no ha tenido claro nunca más que el pelo —respondió Johnes haciendo mención al escaso y poco atractivo cabello de la periodista.

Rieron algunos de manera inevitable.

Y la periodista se enfureció más, gritando:

—¡Sí! Todos los invitados tenemos entre nosotros odios, rencillas, motivos para destrozarnos. ¿Qué va a suceder si la tormenta dura algunos días, como suele ocurrir en esta época del año? ¿Si tenemos que estar unos frente a otros, encerrados en ese horrible caserón?

Arreciaba la lluvia. Paraguas e impermeables fueron distribuidos rápidamente, iniciándose el desfile de los invitados en dirección a la casa, rompiendo obligadamente todas las formalidades del recibimiento.

La periodista, envuelta en un impermeable, cubriéndose bajo un paraguas, sin soltar su bolsa «fin de semana», echó a andar cerca de Ramsay, diciendo:

—Lo ha hecho adrede, Ramsay. Usted odia a todos sus invitados, si se exceptúa a Nellie. Y como tiene un alma retorcida, busca que nos eliminemos entre nosotros en un fin de semana que va a resultar forzosamente interminable...

Nancy se estremeció. Se aferró al brazo de Parker que la cubría con su paraguas y dijo:

—Es una maldita ave de mal agüero...

—Bien, de cualquier modo no se la debe hacer caso —respondió Parker.

—Lo malo es que tiene razón. Salvo contadas excepciones, los invitados se odian unos a otros entre sí, por diversas causas. A mí me odia Hilda porque cree que la desplazé, que yo tengo la mayor parte de culpa en su fracaso. La misma Nellie no me mira con buenos ojos... Cody es aborrecido por Paul Stuart que se considera superior a él y se ve postergado. Hilda aborrece a Nellie porque cree que le va a quitar el marido...

—¿Qué me dices de Gail Maxwell, la esposa del guionista?

—¿La mujer de Moore? Ramsay la ha mirado de una manera extraña. Y ella se ha estremecido, me he dado perfecta cuenta de ello.

Poco después se reunían todos los invitados con su anfitrión en el *hall* de la hermosa casa de planta y piso.

Había sido encendida rápidamente una chimenea a pesar de que hacía bastante calor.

Ramsay explicó:

—A veces se producen corrientes de aire y debo procurar que no sean víctimas de una de ellas. Ahí pueden secar sus ropas... A menos que deseen cambiarse...

Señaló para algunos servidores que habían llegado portando los equipajes de los invitados.

—Ellos les conducirán a sus habitaciones —indicó—. Hay varias duchas y tres cuartos de baño, todo ello con agua caliente...

Ramsay, al hablar de su casa, de las comodidades que podía ofrecer y que enumeró, no podía evitar el dejar ver cierto orgullo de nuevo rico, de hombre que no termina de habituarse al bienestar de que disfrutaba.

Nancy murmuró al oído de Parker:

—Este hombre ha debido pasar hambre durante algunos años de su vida y la riqueza de que dispone ahora le viene ancha...

—Eso creo...

—Me vas a dispensar, pero debo cambiarme de ropa —dijo la sugestiva actriz.

—Si necesitas ayuda, no tienes más que decirlo —ofreció Parker.

Rió Nancy Winter de forma que atrajo la atención de todos los invitados, la mayor parte de los cuales daban la sensación de estar preocupados por el tenso ambiente que se había llegado a producir entre ellos.

Nellie miró a Parker con expresión despectiva que éste fingió no percibir.

Nancy pareció sentirse en evidencia después de su risa y tras mirar a Parker como disculpándose con él, se dirigió a la escalera, reclamando los servicios de una sirvienta.

Paul Stuart, que había acompañado durante el viaje a la periodista, al darse cuenta que ésta era mal mirada por Ramsay, se apresuró a abandonarla excusándose:

—Debo cambiarme de ropa. Estoy calado hasta los huesos...

Beth Cooley comprendió que el amanerado actor temía caer en desgracia ante Ramsay y le dijo en tono violento:

—¡Eres un cobarde, Stuart! Temes que Ramsay te retire su protección si te muestras amigable conmigo. Pero como eres un pobre diablo, no irás lejos. No sueñes con desplazar a Cody porque perderás el tiempo.

El actor la miró con expresión de estupor, pero prosiguió su marcha hacia el piso en donde estaban ubicadas las habitaciones de los invitados y los correspondientes cuartos de aseo.

El contrahecho secretario de Ramsay dirigió una rencorosa mirada a la periodista, pero la presencia de Parker le contuvo.

Beth Cooley advirtió que Johnes sentía respetuoso temor y odio por Parker y se acogió a éste, al cual se acercó para decirle en voz que le pudieran oír los demás:

—No le he dado las gracias aún por su intervención de antes...

—No tiene importancia...

—Sí la tiene. Desgraciadamente no queda mucha gente como usted, dispuesta a proteger a una dama...

Foster, el director, se retiró siguiendo a Nancy Winter; y con él se fueron el guionista y su esposa.

Se advertía claramente que ésta se hallaba atormentada por algo que tal vez ella misma no era capaz de definir.

Ramsay la siguió con la mirada que reflejaba malignidad, cosa que no pasó inadvertida para Parker ni para la periodista.

Cody, su esposa y Nellie, cerca de la chimenea, fueron atendidos por servidores de la casa que les sirvieron bebidas que les fueron pedidas.

Parker dio su brazo a la periodista, a la que ofreció:

—La acompañaré con mucho gusto hasta su habitación. ¿Me permite? —preguntó alargando la mano para llevar la bolsa «fin de semana» de la periodista.

—Gracias de nuevo, Parker. Le auguro un buen porvenir si no se estropea entre esta gente indeseable.

—Espero poder resistir a la malignidad del ambiente —respondió el joven en tonillo humorístico.

Comenzaron a subir la escalera. Y Elliot preguntó a la periodista:

—¿La esposa del guionista no estuvo casada con un gángster?

Fue antes de ser ella, una estrella conocida...

Beth Coley miró a Parker con expresión que reflejó sorpresa primero, para pasar al terror casi sin transición.

Parker notó que ella temblaba y que se aferraba a él para no caer. Y respondió en voz baja, roncamente, al oído del joven ingeniero:

—¡Dios mío! Creo que ha dado usted en el clavo. Ella fue esposa de Caleb Morton y se separó de él cuando lo condenaron. El juró vengarse. Caleb Morton me odiaba también a mí... ¡Y Caleb Morton es Charles Ramsay, termina usted de hacérmelo ver claro!

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó el joven.

—¡Segura del todo! Le ha cambiado la cara y hasta la figura; pero lo que no ha podido cambiar es la mirada. Su fría mirada cínica... ¿Cómo no lo he visto antes? ¡Y nos ha traído aquí para enfrentarnos entre nosotros, para que nos matemos...! Y él terminará con el que se libre...

—¿Quién es Willy Johnes? Tengo la impresión de que él sabe que el actual Ramsay es el antiguo gángster Caleb Morton.

El rostro de la periodista volvió a reflejar sorpresa y miedo. La mujer respondió:

—¿Cómo no he sido capaz de comprenderlo antes? Ese maldito contrahecho es hijo de Rudy Johnes, que tras hacerse pasar por el mejor amigo de Caleb, lo traicionó cuando éste necesitaba más de él...

—Entonces está claro que el accidente que sufrió Willy no fue tal accidente...

—¡Claro que no! Fue una venganza de ese monstruo de Ramsay, o Caleb Morton, como quiera llamarlo... ¿Ve cómo nos ha traído aquí para vengarse de todos? ¡De usted también! Le aborrece porque Nellie le quiere a usted, aunque ella finge despreciarle...

Estaban en lo alto de la escalera. Se volvieron ambos y se dieron cuenta de que tanto Ramsay como su contrahecho secretario les seguían con sus miradas cargadas de malignidad.

—¡La muerte está entre nosotros, Parker! —exclamó la periodista estremeciéndose.

—Haremos cara a la muerte, no se preocupe...

—¿Qué tienen contra usted, Parker? No puedo imaginarlo. No puedo creer que Ramsay le odie hasta el extremo de matarlo por el

hecho de que Nellie se sienta inclinada hacia usted.

—Las cosas se han complicado demasiado y yo todavía no he podido llegar al fondo de la cuestión; pero llegaré... —respondió el ingeniero.

—¿Y si lo matan antes? Nosotros dos estamos condenados a muerte. Precisamente nosotros dos...

—Estamos condenados a muerte todos, desde que nacemos. Y no hay que darle más importancia de la que precisa.

—Me gustaría ser hombre y tener sus nervios, Parker. En muchas ocasiones de mi vida habría querido ser hombre...

CAPÍTULO X

La tormenta había estallado furiosa sobre el islote; silbaba el viento de forma lúgubre y eran tales las turbonadas de agua que caían que no se veía en absoluto a más de dos metros de distancia, a pesar de que no había anochecido aun totalmente.

La intensa lluvia y el fuerte viento iban acompañados por el centellear casi continuo de los relámpagos y el ruidoso estampido de los truenos.

Trepidaba la tierra y retemblaban los cristales.

Una chispa eléctrica tronchó una rama de un árbol próximo a la casa. Fue acompañado de un terrible estampido y el aire quedó enrarecido momentáneamente por la electricidad, dificultando la respiración.

Se oyó un espeluznante grito de mujer.

Parker, que había terminado de cambiarse de ropa, salió corriendo a la sala cuadrangular a la que daban las habitaciones de los invitados.

Casi al mismo tiempo que él asomaron Nellie Cassel, el matrimonio Cody, los Foster y Paul Stuart.

Todas las miradas convergieron en la puerta de la habitación ocupada por Beth Cooley, de la cual había salido el grito.

Sin vacilar un instante Parker saltó. Se oyó un nuevo grito, más espeluznante aún que el otro.

Intentó abrir el ingeniero la puerta, pero estaba cerrada y cargó contra ella.

Al resistírsele, gritó:

—¡Abran o la hago saltar!

Iba a cargar de nuevo cuando se oyó ruido en la habitación, se abrió la puerta y apareció en ella Beth Cooley.

Estaba pálida como una muerta, con las ropas en desorden, la mirada desorbitada por el terror y las manos crispadas en su cuello como queriendo protegerlo de un ataque.

—¡Me han querido asesinar! ¡Me han querido asesinar! Y ha sido ese diablo de Willy Johnes, ese resentido...

Se estableció una fuerte corriente de aire y las hojas de las ventanas batieron con violencia, produciéndose ruido de cristales rotos.

Se oyó ruido en la escalera e instantes después aparecían en el piso Willy Johnes y el doctor Coleman.

La periodista señaló para el primero y gritó:

—¡El asesino!

No pudo resistir a la impresión de ver a Johnes y cayó fulminada.

Johnes, una vez arriba, preguntó:

—¿Qué le sucede a la chiflada ésa?

Tras hacer la pregunta miró descaradamente a Parker, esperando que éste volviese a salir en defensa de la periodista.

El doctor Coleman se había inclinado sobre Beth, comenzando a atenderla.

Parker, tranquilamente, preguntó a Johnes:

—¿Y a usted, qué le sucede, Johnes?

Todos miraron para el secretario de Ramsay. Se había cambiado de traje y aparecía impecable, lo mismo que el doctor Coleman. No se podía pensar en que fuese él quien había atacado a la periodista, huyendo a continuación por la ventana.

Johnes, como si hubiese adivinado la acusación que la periodista había lanzado contra él, penetró en la habitación de ella, seguido por Parker y por Myron Cody, al cual pidió previamente:

—¿Quiere hacer el favor, Cody?

Encendió Johnes la luz. Las hojas de la ventana seguían batiendo a causa del viento, y el agua entraba a turbonadas por el hueco, impulsada fuertemente por el viento.

El secretario de Johnes examinó detenidamente el piso de la alcoba y dijo luego dirigiéndose a sus dos acompañantes:

—Ustedes mismos lo pueden ver. Aquí no ha entrado nadie por la ventana. Forzosamente habrían quedado huellas, sobre todo, si hubo lucha.

Ante el silencio de Parker y Cody, explicó:

—He oído perfectamente cómo me acusaba. Afortunadamente yo estaba abajo, en el *hall*, charlando tranquilamente con el doctor Coleman.

El médico, tras examinar a la periodista, dijo con tranquilizadora expresión:

—Nada de particular. Tal vez se había dormido y tuvo una pesadilla. Sufre un simple ataque de tipo nervioso... La señorita Cooley estuvo internada en una clínica no hace mucho. Sufría una fuerte depresión nerviosa y parece que no está totalmente curada...

—Pues se podía haber quedado tranquilamente en su casa. O podía haber ido a pasar el fin de semana a una clínica... —dijo crudamente Johnes.

—En ese caso muchas personas deberíamos pasar los fines de semana en tales establecimientos —objetó el siquiatra—. No habría bastantes para contenernos a todos. Y ya verán que no me exceptúo.

Echó un vistazo el médico a la habitación de la periodista y señaló:

—Habría que cambiarla de habitación. Necesita descanso y ahí no podría descansar...

—Lo malo es que todas están ocupadas —respondió Johnes. Nellie ofreció:

—Pásenla a la mía. A mí no me molesta. Y podré cuidar de ella.

Johnes se dirigió en tono poro amigable a Parker, que le observaba en silencio:

—Si desconfía de mí, puede salir y echar un vistazo bajo la ventana de la señorita Cooley, Aun cuando abundan los locos, no creo que haya ninguno capaz, con este tiempo, de intentar escalarla.

—Usted no necesitaría escalarla. Podría tener una segunda llave.

—¿Me acusa usted? —preguntó Johnes reflejando vivo asombro.

—Aún no...

—Tengo el testimonio del doctor Coleman...

—Conozco bien al doctor Coleman y su testimonio no me merece garantía alguna. Estuve en sus manos y de no haberme librado a tiempo de ellas, a estas horas mi depresión nerviosa se habría convertido en algo grave, tal vez en algo incurable...

Coleman no pareció impresionado por las palabras del ingeniero. Señaló un ademán de indiferencia y dijo:

—Todos nos equivocamos alguna vez. Y yo confieso que le equivoqué el tratamiento.

—Yo me atrevería a decir otra cosa, Coleman. Usted actuó de manera deliberada intentando sorprender esa fase de mi invento que permanece secreta. Ignoro si iba usted de acuerdo con Benson, si actuaba por cuenta de otra persona, o lo hacía por la suya.

El siquiatra adelantó hasta situarse frente a Parker, a escasa distancia de él:

—Me está difamando, Parker; le perdono porque considero que no está usted en sus cabales.

—No le estoy difamando, Coleman. Usted es tan sinvergüenza como Benson... Sé positivamente que él ha podido llevar a cabo más de un chantaje gracias a los datos que usted le ha facilitado...

Las manos del médico se crisparon y el hombre dio la sensación de que iba a saltar sobre el ingeniero.

En tono bajo, dando la sensación de que mordía las palabras, dijo el siquiatra con amenazadora expresión:

—No comprendo cómo no le destrozo.

—Yo le resolveré la duda —respondió Parker en tonillo burlón —: Porque tiene usted miedo a que sea yo el vencedor. Y estoy seguro de serlo.

Nellie, que se había acercado a la periodista dispuesta a trasladarla a su habitación, dirigió al ingeniero una mirada que reflejaba sorpresa y admiración a la vez.

Parker, desentendiéndose del siquiatra, se acercó a Nellie, ofreciendo:

—Yo la ayudaré a llevarla.

—Gracias... Se está convirtiendo esto en un fin de semana terriblemente desagradable. Si lo hubiese imaginado, no habría venido —comentó Nellie.

El doctor Coleman y Johnes siguieron a Nellie y Parker cuando éstos conducían a la periodista.

—¿Quién invitó a la señorita Cooley? —preguntó Parker a Nellie —. Tengo la impresión de que la odian todos o casi todos; y sin embargo, está aquí.

—No lo sé. Tal vez fue Ramsay para que ella asistiese a la lectura del guión y comenzase a hablar de él en los periódicos para los cuales escribe.

Tras una corta pausa siguió diciendo la atractiva actriz:

—No comprendo lo que sucede, pero lo cierto es que quisiera estar a unas cuantas millas de aquí.

—Por el momento temo que es imposible. Ramsay ha sabido preparar un largo fin de semana durante el cual vanos a estar incomunicados del resto del mundo. De verdad me gustaría conocer sus fines, porque no creo en la casualidad... —respondió Parker.

El contrahecho Johnes dijo en tono acre:

—Calumnie, que algo queda...

—¿Calumnia? Esto huele a trampa y a muerte que apesta. Beth Cooley no exageraba nada antes, cuando comenzó a acusar. Y tal vez por eso mismo se halla en semejante estado...

—¿Cree que los fantasmas que puedan haber en la isla han trabajado en contra de ella, a favor de Ramsay? —preguntó Johnes con marcada ironía.

—En esta isla hay más piratas que fantasmas, Johnes. Gentes que no vacilan en clavar un puñal por la espalda o en provocar accidentes como el que estuvo a punto de costarle la vida a usted y que le dejó en ese estado.

Beth Cooley fue acomodada en la cama.

Coleman había salido en busca de su pequeño botiquín de urgencia. La periodista abrió los ojos y fijó la mirada en Johnes. Al verlo se incorporó, lo señaló con el índice de su diestra y gritó:

—¡Era él! ¡Quiere asesinarme! ¡Y el otro también me quiere asesinar! ¡Es Caleb Morton, lo sé!

Volvió a desmayarse.

Johnes crispó los puños y miró a la periodista con expresión que reflejaba sorpresa y odio a la vez.

Entró Coleman con su pequeño maletín. Lo colocó sobre una mesilla de noche, vertió agua en un vaso y se dispuso a aplicar a la periodista un calmante.

Parker dijo en tono de irónica advertencia:

—Espero que en esta ocasión no equivoque el tratamiento. Para la señorita Cooley podría ser malo; pero a usted le resultaría fatal.

—¿Es usted aquí el matón? —preguntó el siquiatra soliviantado.

—Si el caso lo requiere, ¿por qué no?

—Aquí sobra gente. Nos bastamos la señorita Cassel y yo para la enferma —dijo Coleman a guisa de respuesta.

—No molesto más. Ahora ya está usted avisado.

Nancy Winter, a la que el suceso había pillado descansando, durmiendo, hizo acto de presencia en la habitación de Nellie y dijo a ésta refiriéndose a la periodista:

—Parece que ella no se había equivocado. Esto es una verdadera encerrona. No quiero quedarme sola y creo que usted tampoco se debiera quedar sin compañía. Gail y Hilda tienen la compañía de sus maridos, pero nosotras no tenemos a nadie.

Nellie dijo en tonillo irónico, aunque se advertía un fondo de confianza hacia el joven ingeniero:

—Tenemos al señor Parker. El vela y velará por nosotras...

Los restantes invitados se habían agolpado a la entrada de la habitación, impresionados por el aspecto que ofrecía la periodista.

Ramsay se abrió paso silenciosamente entre ellos y entró, situándose junto a Parker.

Gail Maxwell, al darse cuenta de que el dueño de la casa había pasado por su lado, rozándola, dio un respingo y tiró de su marido, al cual dijo:

—¡Vámonos de aquí, Ken! ¡No quiero estar en esta casa ni un minuto más!

—Tranquilízate, Gail. No sucede si sucederá nada a pesar de todo lo que se ha dicho...

—¡Tú no puedes comprender...! Esto ha sido una trampa que se nos ha tendido...

Ramsay se volvió, mirando fríamente a la esposa del guionista. Ella quedó inmóvil, aterrorizada, sintiéndose incapaz de hablar.

Ken Moore respondió a su esposa:

—Aunque quisiera, no podría sacarte de aquí. No hay otra casa en todo este maldito islote. Y por el momento no hay que pensar en abandonarlo.

Como para darle la razón se produjo otra descarga eléctrica cerca de la casa, arreciando tanto el vendaval como el aguacero.

Nellie y Nancy, instintivamente, se refugiaron en brazos de Parker.

Ramsay crispó ambas manos, pasó la lengua por sus labios resecos y dijo dirigiéndose al joven:

—Tenemos que hablar usted y yo.

—¿Urgente? —preguntó Parker.

—Muy urgente. Venga conmigo.

—Vaya, que le sigo.

Se desprendió de las dos mujeres y siguió a Ramsay. Como al azar, antes de salir posó su mirada en Johnes. El contrahecho sonreía con expresión maligna.

Parker fingió no advertirla y marchó, precedido del dueño del islote. Descendieron a la planta, atravesaron el *hall*, cruzaron un antedespacho y llegaron finalmente al despacho de Ramsay.

Una vez en él cerró Ramsay la puerta.

Y Parker descubrió la presencia de dos individuos de aspecto poco recomendable. Se hallaban sentados en sendos sillones y encañonaban al ingeniero con sus respectivas pistolas.

—¡Vaya! Llegó lo de la encerrona...

—Justo, llegó lo de la encerrona. Usted no podía pensar que yo le invitaba porque me resultase simpático... —dijo Ramsay.

—No lo pensé jamás.

—Entonces esto no le puede sorprender...

—No me sorprende, la verdad.

—Los acontecimientos se precipitan, obligándome a adelantar las cosas, forzando un poco la marcha natural...

—Está bien, Ramsay; o Caleb Morton, como se llame. Suelte lo que sea.

Ramsay apenas si acusó el golpe por una leve crispación de manos. Dijo luego:

—Hay un espíritu maligno en la casa que está intrigando más de la cuenta. Y también quien ha hablado demasiado.

Parker señaló un leve encogimiento de hombros.

Ramsay siguió diciendo:

—He recibido un radiograma en el que se me invita a hablar con usted cuanto antes. Puede comenzar a hacer el chantaje.

—No he pensado en hacer ningún chantaje. No me va. Eso era cosa de Benson, tal vez lo sea de su secretario... Acaso sea también cosa suya. Así es que puede comenzar.

—Comenzaré, pero no en plan de chantaje. Es algo que no me va. Hay algo que me interesa por encima de todo... —dijo Ramsay a su vez.

—Venga...

—El depósito que usted arrebató a Harry Benson después de

asesinarle.

—Está usted mal informado, Ramsay. Yo no maté a Benson...

—Usted salía de allí cuando llegaron mis hombres. Y estuvieron a punto de caer en manos de la policía. No me lo puede negar.

—Yo había caído en una trampa alevosa, Ramsay. Ya ve usted. No le niego que estuve allí; pero cuando llegué, Benson estaba ya muerto. Y seguramente que su depósito había desaparecido.

—Está mintiendo, lo sé bien. Y se lo podría probar...

Usted tiene unas fotografías de Nellie con las que Benson había iniciado ya su chantaje. ¿Será capaz de negarlo?

—No negaré que tengo esas fotos. Me las envió el asesino de Benson para que fuese yo quien diese la cara en lo del chantaje...

—¿Quiere que me trague esa bola? Muchachos, pueden iniciar su trabajo. Hay que espabilar al joven Parker...

—Si no fuese usted tan obtuso, Ramsay, se habría dado cuenta ya de que no estoy mintiendo. Yo no era su enemigo, Ramsay. El peor de sus enemigos, el hombre que hizo asesinar a Benson para apoderarse del depósito y poder hacerle chantaje a usted, lo tiene en su misma casa...

Los dos sicarios de Ramsay se habían dispuesto a machacar a Parker, pero se detuvieron al hacerles su jefe una seña.

El dueño del islote no mostró sorpresa alguna. Murmuró con voz bronca:

—¡Ese maldito bastardo! Debí haberlo imaginado...

—Bien, Ramsay, no tiene por qué extrañarle. Usted intentó asesinarlo a él que, sin embargo, no le había hecho ningún daño. En todo caso, ser hijo de Rudy Johnes...

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —gritó Ramsay, exaltándose repentinamente.

—Su juego está descubierto, Ramsay. Uno puede hacer cambiar su rostro por medio de la cirugía estética; puede incluso quitarse, en apariencia, unos años; pero hay cosas que no se pueden borrar. Por ejemplo, su mirada sigue siendo la misma, cínicamente cruel...

—Está diciendo usted una sarta de tonterías.

—No he sido yo quien le ha reconocido, sino dos personas a las que usted ha traído aquí este fin de semana dispuesto a que no salgan vivas del islote. Dos personas que le conocían de antaño. Una de ellas le conocía íntimamente, puesto que era su esposa...

Ramsay se había calmado después de su arranque; pero volvió a sufrir otro raptó de ira y gritó dirigiéndose a sus hombres:

—¡Terminad con este bastardo! ¿A qué esperáis?

Parker saltó como impulsado por un potente muelle, lanzándose de cabeza contra Ramsay. El impacto fue violentísimo y a causa de él los dos hombres cayeron al suelo.

Parker dominó la situación con rapidez haciendo girar a su enemigo que había quedado aturdido por la fuerza del golpe. Lo colocó como escudo y lo encañonó con su pistola.

Y se dirigió a los sicarios de Ramsay, diciéndoles:

—Si se mueven lo achicharro a él primero y termino después con ustedes.

Los dos hombres comprendieron que la amenaza no era vana y se estuvieron quietos.

Ramsay, respirando entrecortadamente, dijo:

—Creo que me he dejado llevar de un estúpido arrebato...

—Eso creo yo también —respondió Elliot, cubriéndose bien de los otros dos fulanos con el corpachón del antiguo gángster.

—Ellas me han conocido, sí...

—Eso creo. No ha sido usted capaz de disimular el sentimiento de odio que le domina...

—¡Ese maldito bastardo! —murmuró nuevamente Ramsay con voz ronca.

—Dígame una cosa, Ramsay. ¿Usted envió a mi casa a dos fulanos interesándose por algo referente a un invento mío, y que guardaba Benson?

—En absoluto. Le doy mi palabra...

—Eso quiere decir que los envió el mismo Johnes para hacerme creer que yo tenía otros enemigos y desviar las sospechas que hubiese podido concebir con respecto a él.

—¿Supo usted pronto que era él quien hizo asesinar a Benson?

—Me costó bastante... Para mí quedó desenmascarado cuando comprendí que con su chantaje a Nellie Cassel, no tenía interés por los dólares, sino que pretendía hacerle daño a usted.

—Y él ha estado tirando una y otra vez contra usted. Incluso me aseguró que usted había estado en la alcoba de Nellie la noche de la fiesta.

—En eso no le ha mentado; pero fui simplemente a intentar el

chantaje de las fotos, obligado por él. Penetré furtivamente y Nellie me echó.

Ramsay respiró con expresión de alivio, aunque dijo después:

—De todas maneras, usted la ha trastornado. Desde que lo conoció a usted que no es la misma...

—Creo que debe olvidarla, Ramsay. Ella necesita un hombre joven. Yo u otro...

Ramsay interrumpió violentamente.

—¿Qué sabe usted lo que ella necesita? ¿Será usted capaz de levantarla a pulso, como la estoy levantando yo? ¿De envolverla en atenciones y cuidados como yo?

—Eso es algo, pero no lo es todo. Ella quiere ser una mujer como otras y yo le puedo dar el amor, la ilusión; precisamente eso que no se puede comprar con todo el oro del mundo.

—¡Cierre el pico o lo hago destrozar, pase lo que pase!

—Recuerde que soy yo el dueño de la situación...

—Pero no podrá salir de mi isla y no me puede mantener así demasiado tiempo.

—Pero puedo terminar con usted y sus dos pistoleros. Con sus antecedentes, los de estos dos fulanos, y en clara situación de defensa personal, a mí no me sucedería nada...

—Tengo más gente en la isla...

—Ya sabe aquello de: «muerto el perro se acabó la rabia». Si termino con usted, sus pistoleros procurarán estarse quietecitos para poderse librar de la cámara de gas.

Ramsay tragó saliva. Sabía que las cosas saldrían tal como Parker anunciaba, de persistir en su empeño de eliminar al joven.

Depuso su violenta actitud y dijo:

—En realidad, no tengo nada contra usted. A menos que usted se empeñe en descubrir mi verdadera personalidad.

—Su verdadera personalidad me tiene sin cuidado; únicamente la descubriría si usted intentase algo contra la señorita Cooley o contra la que fue su esposa.

Ramsay movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—En realidad, ¿qué puedo ganar con una tardía venganza? Ahora me preocupa el chantaje que Johnes pueda ejercer contra mí... Si es cierto que usted no tuvo nada que ver con el asesinato de Benson y que es Johnes el poseedor del depósito...

—Eso es algo que puede quedar claro en muy poco tiempo. ¿En dónde cree que puede tener su secretario el escondite?

—Difícil de saber.

Uno de los pistoleros dibujó en su rostro una fría Sonrisa y manifestó:

—¿Por qué difícil? ¿No estaba dispuesto usted a que Parker soltase en qué lugar tenía el escondite? Creo que será más fácil hacer hablar a Willy.

Ramsay preguntó a Parker:

—¿Tiene algo que oponer?

—No sé nada de eso. Y no tengo por qué proteger a Johnes cuando ha sido él quien me ha preparado esta trampa...

—Celebro que estemos de acuerdo. Puede y debe confiar en mí, Parker... ¡Vamos, muchachos! Hay que cazar a ese granuja intrigante de Willy. Y cantará, ¿no ha de cantar?

En el momento en que uno de los pistoleros de Ramsay corría el pestillo para abrir la puerta, ésta fue atacada desde fuera. Y las dos hojas saltaron de manera violenta, quedando abierta la puerta.

En ella, pistola en mano, apareció Willy Johnes. Tras el renqueante secretario de Ramsay se hallaba el doctor Coleman, el cual esgrimía también una automática.

Johnes, sonriendo con expresión maligna, sin decir palabra, hizo fuego contra Ramsay, que se estremeció a los impactos.

Los pistoleros de Ramsay se vieron sorprendidos y desbordados por la acción de Johnes y cuando quisieron reaccionar, Coleman, que les encañonaba, gritó:

—¡Quietos o los frío, muchachos!

Parker, con absoluto dominio de sus nervios, demostrando gran superioridad de reflejos, se encogió ligeramente manteniendo a Ramsay ante sí y disparó a su vez contra Johnes cuando ya éste adelantaba para dominarlo con su arma.

El secretario de Ramsay sufrió una contracción y dejó escapar la pistola al serle atravesada la mano por uno de los balazos disparados por Parker.

Giró Johnes de manera aparatosa al impacto del proyectil, siendo frenada su caída por un mueble.

Se repuso pronto y atacó con furia homicida, echando espumarajos por la boca a la vez que gritaba:

—¡Me bastan las manos para destrozarte, maldito! ¡Adelante, Coleman!

El siquiatra, sin descuidar a los otros fulanos llegó a situarse de forma que podía disparar contra Parker.

Éste, aunque se hallaba pendiente de la acción de Johnes, intuyó el peligro y girando rápidamente, sin soltar a Ramsay que seguía sirviéndole de escudo, disparó.

Saltó Coleman intentando evitar el balazo, pero aún fue alcanzado en un hombro, y cayó al suelo en aparatosa voltereta.

Volvió a intentar el tiro, pero Parker se le adelantó otra vez, rompiéndole el brazo de un balazo.

Gimió el siquiatra a la vez que soltaba el arma, dejándose caer de bruces encima de ella.

El contrahecho Johnes, lanzado a su impetuoso ataque, se tiró a la desesperada intentando aferrar a Parker por los tobillos para derribarlo.

Parker soltó el cuerpo de Ramsay y alzó la rodilla derecha, la cual estrelló en la cara de su atacante, dándole de lleno en mitad de la nariz.

Aulló Johnes en dolor, creyendo pesadamente al suelo; pero se rehízo prontamente, logrando hacer presa en una de las piernas de Elliot.

Se dobló éste ligeramente para conservar el equilibrio e hizo girar la pistola en su mano para empuñarla por el cañón. Y descargó entonces un seco golpe con la culata de la misma en el cuello de Johnes, el cual se fue de bruces, quedando ligeramente conmocionado.

Ramsay, al ser soltado por Parker, había caído pesadamente al suelo, una vez en el cual gritó, tratando de incorporarse.

Vio a Johnes en el suelo y desenfundó su pistola dispuesto a disparar contra él, pero el arma le cayó sin llegar a emplearla al faltarle las fuerzas.

No tardó. Johnes en reponerse, incorporándose con rapidez. Se vio encañonado entonces por el arma que esgrimía Parker, el cual le conminó:

—Se va a estar quieto o le hago volar los sesos...

Johnes, dirigiéndose a los pistoleros de Ramsay, gritó:

—¿Qué hacéis? ¿A qué esperáis? Si lo trincáis y le hacemos

hablar tendremos un par de millones de dólares... Es un invento formidable y yo tengo los planos. Sólo faltan unos detalles que él nos debe dar... ¡Los tengo vendidos! ¡Y son dos millones!

Parker dijo serenamente:

—Es inútil que te desgañites. Ellos saben que no pueden confiar en ti.

—¡Podéis confiar! —gritó desesperadamente—. ¡No he engañado a nadie jamás! Con Ramsay es diferente porque él me quiso matar. Estoy así por culpa de él; y yo no le había hecho nada malo... ¡Dos millones de dólares! ¡Medio millón para cada uno! ¿Sabéis lo que es eso?

Parker se dio cuenta de que los dos hombres vacilaban y los mantuvo encañonados, aunque sin descuidar a Johnes. Y dijo a éste:

—No te canses. Ellos saben lo que puede escupir mi pistola. Y se han dado cuenta de que no soy de los que fallan...

—¡Cobardes! ¡Eso es lo que sois! ¡Unos cobardes! ¡Tirar dos millones por la borda!

—No los conseguiríais jamás, Johnes. Fracasaría como fracasó Benson. Coleman te debió haber advertido con tiempo. ¿Por qué no se lo dijiste, Coleman?

El siquiatra se dirigió a los pistoleros de Ramsay:

—¡Trincad a ese fulano y os aseguro que tendréis medio millón cada uno! Las cosas han cambiado; aquí lo podré someter tranquilamente a un «tratamiento» que no podrá resistir... ¡Y la mercancía está vendida!

Lo dijo en tono convincente tal, que uno de los pistoleros, tras dirigir a su compinche una mirada de entendimiento, se dejó caer al suelo echando mano a su pistola.

El otro amagó con un movimiento tratando de atraer sobre sí la atención de Parker. Y éste tiró sin vacilar, dando su preferencia al pistolero que había echado mano a su arma.

La bala destrozó al granuja la cabeza, fulminándolo; y el otro no osó moverse ya.

Se oyó ruido procedente del vestíbulo. El pistolero que quedaba ileso, gritó:

—¡A mí, muchachos! ¡Han asesinado al señor Ramsay! ¡A mí!

Entraron delante dos de los servidores de Ramsay. Pero con ellos entró también Nellie Cassel en primer lugar y siguiendo a ésta,

Nancy Winter, Myron Cody, Paul Stuart, Ken Moore y Red Foster.

Iban a intervenir los servidores de Ramsay pese a la amenaza de la pistola de Parker, pero el antiguo gángster se incorporó, gritando:

—¡Quietos! Ha sido Johnes, quien después de traicionarme, me ha asesinado... Porque estoy muerto, lo sé...

Miró con expresión desesperada a Nellie y dijo:

—Tal vez sea mejor así. Es Parker quien te merece. El chantaje partía de ese maldito granuja, de ese asesino de Johnes...

—¿Eres tú mejor que yo? —gritó Willy—. Me redujiste a ser una ruina y yo tenía que... que vengarme... Además, necesitaba dinero y el invento de Parker me lo hubiese podido proporcionar... ¡Dos millones de dólares, sí, señor! Coleman sabía bien lo que se llevaba entre manos...

El siquiatra, a pesar de sus heridas, creyéndose relegado a un segundo plano, intentó escurrirse, pero se vio contenido por Parker, que le ordenó:

—Quietos ahí, granuja. Usted es más culpable que Johnes. Estoy seguro que fue usted quien le imbuyó la idea de matar a Benson para apoderarse de mi invento...

Coleman sonrió desdeñoso y dijo:

—¿Qué importa quién puede ser el más culpable? Benson no dejaba de ser un pobre diablo y estaba muy visto. Además, me había hecho un par de granujadas en otros tantos «trabajos» que yo le proporcioné.

—¿Llama usted «trabajos» a los chantajes que hacían? —preguntó Parker.

—De alguna manera hay que llamarlos. Decidí asociarme con Johnes. El estaba ansioso de dinero y de vengarse de Ramsay... Odiaba también a Benson, odiaba a mucha gente...

—Se juntaron dos cerebros tortuosos, tan tortuosos que por ahí les ha venido el fracaso... —dijo Parker burlonamente.

—Ha venido el fracaso porque usted es un fulano de suerte —dijo Coleman—. De lo contrario esto hubiese quedado convertido hoy en un cementerio y Ramsay habría aparecido como el único culpable, mientras que Johnes y yo hubiésemos tenido lo que nos interesaba. ¿Y quién iba a pensar en nosotros estando usted cadáver, Parker?

Al grupo se habían incorporado Gail Maxwell y Hilda Savaje, las

cuales se estremecieron al escuchar las palabras del siquiatra.

Tras ellas llegó Beth Cooley, que se había repuesto de su desmayo. Al descubrir a Ramsay moribundo, a los otros dos heridos y al pistolero muerto, dijo:

—No podía fallar. Ramsay o Caleb Morton significaban la muerte rondando. Y si a él se unía Willy Johnes y Don Coleman, entonces era mucho peor. Pero por una vez cayeron los que debían caer...

Una semana más tarde, una vez los culpables en manos de la Justicia, Parker oyó llamar a su puerta.

Cuando abrió se encontró frente a Nellie Cassel, radiante de hermosura, sonriente.

—Hola, Elliot...

—Hola, Nellie...

—Vengo dispuesta a comprarte las fotografías...

—Ahora no las vendo por nada del mundo. Estoy de acuerdo contigo en que estás en ellas maravillosamente...

—¿Y si te las cambio por el original?

—¿Pero sin chantaje? —preguntó Parker en tonillo humorístico.

—Sin chantaje...

—En ese caso no hay nada que oponer...

Los dos jóvenes se fundieron en un estrecho abrazo.

—Fui cobarde. Debí haber confiado en ti. Mi falta de confianza te pudo haber costado la vida. Y yo no me habría consolado jamás...

FIN



UNA CIGARRA CANTA TU MUERTE

por Keith Luger

El detective movió la mano hacia la axila.

Paul le pegó en la muñeca cuando sacaba el arma.

El detective dejó caer la pistola en el suelo, pero soltó un rodillazo en el vientre de Paul.

—Maldito, te voy a sacar los ojos.

Paul levantó los brazos y logró desviar el puño de Dobson que iba derecho a su cabeza.

Replicó con un terrible izquierdazo que lanzó al detective contra la puerta.

Dobson soltó un gemido y trató de atacar otra vez, pero estaba muy debilitado.

Paul lo golpeó de nuevo, ahora en la quijada, y el detective se derrumbó en el suelo.

*Los puños de Paul golpeaban como una maza.
Y en aquella ocasión la violencia era aún mayor
porque en ello iba su propia vida*

UNA CIGARRA CANTA TU MUERTE

*novela de extraordinaria fuerza dramática.
Uno de los más logrados relatos de*

KEITH LUGER

que aparecerá en el próximo número de

PUNTO ROJO

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a deep blue with a bright, sun-like starburst in the upper left corner. Two women are featured: one in a red dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger, and another in a white dress with a large green floral pattern, smiling and looking upwards. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a white label with 'OSBORNE' in large black letters, 'VETERANO' in red, and 'PUERTO DE SANTA MARÍA' at the bottom. The text 'BRANDY V.O.' is visible at the top of the label.

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain